

BOLSILIBROS BRUGUERA



Lou CARRIGAN

ENCUENTRO EN ISTANBUL





eb

LOU CARRIGAN

ENCUENTRO EN ISTANBUL

Colección LA HUELLA n.º 89
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2

Depósito legal: B 22365-1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición en esta Colección: julio, 1976

© Texto: Lou Carrigan - 1976

© Cubierta: Salvador Fabá - 1976

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Chester Karr era lo que en actuales términos muy modernos y vulgarizados suele llamarse un ligón.

Esto es, un tipo capaz de meterse en un bolsillo a la momia de la reina Nefertiti del viejo Egipto, si se lo proponía. Él se iba a la pirámide donde estuviese la momia en cuestión, le sonreía, y ¡hala!, momia al bote.

Sin embargo, en opinión de un porcentaje muy elevado del personal de la *National Aeronautic Space Administration*, más conocida por NASA, Chester Karr era un tipo de lo más antipático. Tal opinión, asombro de asombros, correspondía precisamente al elemento femenino empleado en la NASA. Sorprendente. Chester Karr, que era capaz de ligar con la Estatua de la Libertad, que medía más de metro ochenta, que era atlético, elegante, y guapo a lo viril, les resultaba antipático a las mujeres empleadas en la NASA.

¿Motivos? Pues, que Chester Karr era un hombre serio, y nunca quería jaleos cuando estaba trabajando. Una cosa era el trabajo y otra cosa era... la vida privada. Así que, como Chester no quería mezclar ambas cosas, tenía fama de antipático, y de excesivamente serio.

Ser serio, a juicio del personal femenino de la NASA, consistía en no sonreír ni poner cara de idiota cuando ellas lo miraban más o menos provocativamente; como lo general es que cuando una chica mira a un hombre dejándole comprender que estaría dispuesta a dejarse invitar por él, el hombre ponga cara de tonto, y Chester Karr no hacía eso, sino que simulaba no ver aquella mirada, pues era tonto y antipático. ¡Antipatiquísimo!

Pero no. En sus ratos libres, en su vida privada, Karr era todo un ligón. Subía a su coche, se iba a Miami, se metía en cualquier

discoteca o así, y ¡a ligar! Sin esfuerzo, sin proponérselo.

Por eso Chester no se sorprendió cuando la muchacha que había entrado tras él en la discoteca de Miami Beach, se le acercó.

—Hola, ¿puedo sentarme? Junto a usted.

—Le aseguro que eso no va a ocasionarme ningún trauma.

La muchacha volvió a sonreír, y se sentó junto a Chester Karr. En aquel momento, por entre el disloque de luces de colores y el estruendoso retumbar de la música, llegó el camarero, que miró interrogante a uno y a otro. Chester Karr pidió un *whisky* con hielo, simplemente. Y como desde luego, hacía más de diez años que había cumplido los dieciocho, y eso se veía a simple vista, el camarero no tuvo nada que objetar.

La muchacha que se había sentado junto a Chester pidió un vodka con naranja, y tras mirar a Karr tampoco tuvo nada que oponer el camarero a esta petición.

Se alejó en busca de lo pedido, mientras Chester sacaba el paquete de cigarrillos y ofrecía a la muchacha.

—¿Quiere uno?

—Sí, gracias. Me parece que el camarero cree que hemos venido juntos.

—Lo creería cualquiera viéndonos aquí sentados. Incluso yo mismo empiezo a creerlo.

—Bueno... Parece que no tiene por qué resultar desagradable nuestra mutua proximidad... ¿No lo cree así, señor Karr?

Chester Karr acabó de encender su cigarrillo, después de haberlo hecho con el de la muchacha. Expelió el humo hacia el techo y se quedó mirándolo fijamente, como fascinado por aquel color verdoso que tomaba al absorber la luz de aquella parte del local.

Luego desvió sus oscuros ojos hacia su acompañante, y preguntó:

—¿Y usted cómo se llama?

—Peggy Marlowe, señor Karr. ¿No le sorprende que yo sepa su nombre?

—No. Si lo sabe es porque lo ha preguntado a alguien que, a su vez, lo sabía. Lo único que quizá me tenga un poco sorprendido es su interés por mí.

—Bueno —casi rió la muchacha—. Al parecer, cualquier joven en su sano juicio se interesaría por el guapo y muy personal Chester

Karr.

—Sí... La verdad es que no me va mal en cuanto a... digamos relaciones amistosas, señorita Marlowe. Pero tengo la impresión de que usted no ha venido aquí por casualidad, ni creo que su propósito al entrar en contacto conmigo sea el de pedirme que la invite a un vodka con naranja.

—¿Y por qué no? Yo creo que compartir con usted unos minutos de música, de descanso, debe resultar muy agradable.

—La música y el descanso son agradables. Este ruido que nos rodea no me lo parece tanto.

—Entonces, ¿por qué viene usted a este lugar?

—Vengo a este lugar porque tengo algunos amigos que lo hacen en ocasiones. Y sobre todo, aquí he conocido chicas a las que podríamos llamar no sólo simpáticas, sino... generosas.

—Entiendo. Bueno, es usted un hombre libre, señor Karr, de modo que puede buscar su distracción y su compañía allá donde le plazca.

—En efecto. Y usted, ¿qué clase de compañía está buscando?

—Yo estoy buscando exactamente la compañía de un hombre como usted.

—Ya. ¿Y cómo soy yo?

—Usted se llama Chester Albert Karr, tiene treinta y un años, es soltero, tiene unos conocimientos técnicos que no voy a enumerar, pero que son fáciles de comprender si mencionamos que actualmente ocupa un puesto bastante importante en la NASA. Se gana bien la vida, tiene un bonito coche, de vez en cuando se divierte con alguna que otra amiguita ocasional, y, en fin, digamos que en términos generales lleva una vida de lo más... lógica.

—Muchas gracias. ¿Qué más?

—Digamos que es usted guapo, serio, inteligente... y que ha merecido en todo momento la confianza de sus superiores en la NASA.

—Caramba —movió la cabeza Chester Karr—. ¿Y ahora qué va usted a pedirme a cambio, señorita Marlowe? ¿Que le compre un abrigo de visón, por ejemplo...?

—No, señor Karr. Voy a pedirle algo mucho más difícil que eso. Y quiero que sepa que antes de venir a hacer este contacto con usted, hemos pedido la autorización a su jefe directo en la NASA.

Precisamente, gracias a él supimos que, casi seguro, vendría usted aquí esta tarde.

—¿Y por qué les ha informado tan detalladamente sobre mi persona y mis costumbres mi querido jefe?

—Nosotros fuimos a pedirle que nos indicase uno de sus técnicos más cualificados y que no tuviese inconveniente en aceptar un pequeño trabajo para la CIA.

—¿La CIA...? —Frunció el ceño Chester—. ¿Quiere usted decir la *Central Intelligence Agency*?

—Naturalmente. Estamos hablando del servicio de espionaje de nuestro país, señor Karr.

—Bien... No se me ocurre que yo pueda hacer nada por la CIA, pero tampoco se me ocurre por qué debo negarme a escucharla, señorita Marlowe.

—Gracias. Realmente es usted serio, señor Karr. Otro hombre quizá se habría tomado este asunto a cuchufleta.

—No veo la cuchufleta por ningún lado. De todos modos, si es una broma me parecerá muy divertida cuando, más tarde, la comentemos en mi apartamento de Miami Beach mientras consumimos una fresca botella de champaña.

—Lamentablemente —sonrió una vez más Peggy Marlowe— no tendremos tiempo para tomar el champaña. Sin embargo, quizá podamos tomarlo a su regreso de Istanbul.

—¿Istanbul?

—Así es, señor Karr. Si acepta usted hacernos el servicio que vamos a rogarle, deberá partir esta misma noche, dentro de hora y media, del *Miami International Airport*, con destino a Nueva York. De Nueva York irá usted a París. De París a Roma. Y de Roma, finalmente, a Istanbul. Éste es el punto final de su viaje.

—La verdad es que me parece un viaje muy largo. Pero puede resultar divertido. ¿Vendría usted conmigo?

—Me gustaría, pero no voy a poder disfrutar de ese placer. Tendrá usted que ir solo. Naturalmente, en el aeropuerto de Yesikoy le estarán esperando.

—Es decir, que como ocurre en las películas de espionaje a todo color, yo voy a ser el héroe de determinada extraña misión al que le van a dar toda clase de facilidades, empezando por disponer ya de los oportunos pasajes para todo este recorrido desde Miami a

Istanbul.

—Efectivamente. Todo su trayecto desde Miami a Istanbul está previsto y contratado. Hemos contado con que después de seleccionarlo, un hombre de su temperamento y su mentalidad no se negaría a prestar un pequeño servicio a la patria.

—¡Qué hermosas palabras! —exclamó Chester Karr—. Pero, realmente, estaría dispuesto a hacer cualquier cosa... razonable por mi patria.

—Magnífico. Entonces no vamos a tener ningún problema.

—Por lo que tengo entendido, trabajando para la CIA lo frecuente es meterse en problemas, precisamente. Pero seamos consecuentes, señorita Marlowe. Yo quiero dar por sentado que estamos hablando en serio y que realmente la CIA ha pensado en mí para que vaya a Istanbul. De acuerdo. Ahora: ¿qué debo hacer en Istanbul?

—Ante todo, permítame que le presente a tres personas en las que podrá usted confiar absolutamente durante su estancia en esa ciudad. De las tres personas, una de ellas es compatriota nuestro. —Peggy Marlowe sacó del bolso unas fotografías y tendió una de ellas a Chester Karr—. Este hombre se llama Martin Lambert. Es un agente de la CIA habitualmente residente en Istanbul. Su labor allí es, digamos en su aspecto básico, la coordinación de todos nuestros servicios de espionaje sobre la parte sur del mar Negro, y especialmente, como es lógico, del Canal del Bósforo.

Chester Karr no contestó. Estaba mirando la fotografía del llamado Martin Lambert. Era un hombre de más de cuarenta años, rostro grande y enérgico, ojos claros y cabellos también claros que comenzaban a escasear por la parte alta de la frente. En conjunto resultaba inteligente y agradable. Devolvió la fotografía a la muchacha, diciendo:

—Muy bien. Éste es Martin Lambert. Uno de los auténticos agentes de la CIA de ésos que salen en las películas.

—No, no —cortó Peggy Marlowe—. Se está usted equivocando, señor Karr. Los verdaderos agentes de la CIA, los que realmente realizan una labor digna de tal nombre, son precisamente los que no se parecen a los de las películas. Martin Lambert es un auténtico agente secreto, y como tal cumple su cometido en Istanbul.

—Está bien. No he querido ofender a los agentes de la CIA, y

mucho menos en especial al señor Lambert. Entiendo que lo conoceré en Istanbul.

—Así es. Estas fotografías corresponden a dos de nuestros fieles colaboradores en Turquía, y especialmente en Istanbul. —Peggy tendió otras dos fotografías que Chester Karr tomó y se dedicó a mirar mientras la muchacha proseguía—: Sus nombres son Kemal y Ornar. Ornar es éste que parece un jovencito incluso un tanto afeminado; tan bello, con esos ojos tan grandes, ese cabello tan ondulado... Kemal es este sujeto de cara redonda y de los tremendos bigotazos.

—La verdad —sonrió Chester Karr— es que los dos me resultan simpáticos, cada uno en su estilo. Omar, realmente, a primera vista puede parecer un poco mariquita. Kemal es todo lo opuesto. Tiene cara de turco caprichoso capaz de mantener la alegría en un harén compuesto por veinte o treinta mujeres.

Peggy Marlowe se echó a reír sin poderlo evitar.

—Seguramente a Kemal le gustará saber la magnífica opinión que ha formado usted de él. En cuanto a Omar, tampoco se engañe con él, señor Karr. Nosotros, la CIA, no contratamos, por lo general, personal inepto.

—Entiendo. Eso quiere decir que ustedes esperan que yo les sea de verdadera utilidad.

—Por supuesto. Como le decía, cuando usted llegue a Istanbul, será debidamente recibido. Lo más probable es que sea Martin Lambert quien acuda al aeropuerto de Yesikoy a recogerle a usted con un coche. Pero diversas circunstancias podrían desaconsejar este primer contacto entre un americano que llega y otro americano ya residente desde hace tiempo en Istanbul. En ese caso sería Kemal u Omar quien fuese a recibirlo a usted al aeropuerto.

—De acuerdo. Vistas las fotografías, no olvidaré a ninguno de estos tres hombres. Ahora vamos a dar por sentado que ya he llegado a Istanbul, he sido recibido. ¿Qué más?

—Bueno... Nos vamos a ocupar de que disponga usted de una magnífica habitación en uno de los mejores hoteles de Istanbul. Se trata del *Hilton*.

—No es muy original el nombre de ese hotel.

—No. Pero no estamos buscando originalidades, sino precisamente todo lo contrario. Nuestra labor es siempre deslucida,

si me permite la expresión; no es una labor de relieve, ni de méritos colosales que se deban publicar, nada de eso. Nuestra labor, como lo será la suya, es llegar al sitio, hacer el trabajo y marcharse.

—Entiendo. Y me va convenciendo de que está hablando usted en serio, señorita Marlowe.

—Pues está usted en buen camino. Prosigamos. Una vez esté instalado en el hotel *Hilton*, no tiene usted que hacer absolutamente nada diferente a lo que haría cualquier turista americano cuyas posibilidades económicas le hayan permitido precisamente alojarse en un hotel tan caro. Es decir, durante un día, o dos, o tres, o cien, si es necesario, permanecerá en el *Hilton* disfrutando de todos los placeres que usted quiera procurarse en Istanbul.

—Es un futuro bastante agradable, la verdad.

—Sí. Pero no creo que realmente la cosa se prolongue ni siquiera durante una semana. Antes de una semana esperamos haber encontrado lo que buscamos.

—Quiere usted decir lo que están buscando en Istanbul Martin Lambert, Kemal y Omar.

—Exactamente. Pero no sólo ellos tres, sino muchos más colaboradores que han llegado de muchas partes de Turquía e incluso de países próximos. Martin Lambert dirige la operación de búsqueda. Kemal y Omar son digamos sus auxiliares directos nativos. Pero, insisto, hay mucho más personal buscando el

Edo-3

·
—¿El qué?

—Estoy hablándole de un satélite artificial, señor Karr. Uno de esos satélites en cuya fabricación y montaje entiendo ha intervenido usted en diversas ocasiones.

—Bueno... sí, ciertamente he colaborado en la instalación de muchos satélites de todo tipo. Incluso de los que llamamos satélites-espía.

—Hemos llegado al punto álgido de la cuestión, señor Karr.

—Entiendo. ¿Están ustedes buscando uno de nuestros satélites espías?

—Así es.

—Eso quiere decir que dicho satélite, que se supone debía estar en el espacio, ha caído accidentalmente, supongo que cerca de

Istanbul.

—Justo y exacto.

—Bien... Supongo que ésta es toda una preocupación para la CIA, pero no entiendo en qué puedo ayudarles yo en la recuperación de un satélite. Si fuese un hombre de acción podría pensar que precisaban de un tipo valiente y decidido...

—No, no, no, señor Karr. De esos hombres tenemos muchos. Pero no disponemos de personal como usted en Istanbul. Quiero decir, de un técnico. Un técnico que sea capaz de recuperar la caja negra que contiene el

Edo-3

sin estropear su contenido.

—Ya. Sí, claro; como es lógico, el satélite, al caer, habrá sufrido considerables desperfectos, tanto si ha caído en el mar como en tierra firme. De un modo u otro, por supuesto, ha quedado inutilizado.

—Eso es. Y entonces hemos decidido que el satélite en cuestión, al que se bautizó con el nombre de

Edo-3

, ya no nos interesa absolutamente para nada. El hecho de que elementos de otros organismos de espionaje encuentren ese satélite, no nos importa. Lo que sí nos importa, como usted comprenderá, es recuperar la caja negra.

—Lo entiendo perfectamente. Esa caja negra debe contener una información muy interesante para nuestro servicio de espionaje, ¿no es así?

—Evidentemente. Usted sabe que estos satélites sobrevuelan territorio soviético o chino a más de ciento cincuenta kilómetros de altura y lo van fotografiando todo. Es un espionaje muy cómodo y, a la vez, muy efectivo. Y por supuesto, muy importante, porque pese a la distancia a que se toma la película se pueden observar los movimientos de las tropas rusas o chinas cerca de las fronteras, o sus grandes desplazamientos de material de guerra o maquinaria pesada de cualquier clase.

—Sí —asintió Chester Karr—. Precisamente estuve hace poco colaborando con unos compañeros en la creación de un nuevo tipo de caja negra de mayor seguridad. De todos modos, las actuales no tienen gran cosa que envidiar a la que estamos preparando. Y sé

muy bien que esas cajas negras, con sus mecanismos técnicos, son capaces de fotografiar un cigarrillo desde doscientos kilómetros de altura.

—Sí. Sólo que el

Edo-3

no estaba fotografiando precisamente cigarrillos, señor Karr.

—¿Qué estaba fotografiando?

—Labor rutinaria, en realidad. Es decir, cada satélite tiene una determinada órbita sobre la que procura información de Rusia, como dividiendo Siberia en dos. Ésa era su línea de vuelo. Hasta que, ignoramos qué tipo de avería lo ha desviado de esa órbita y lo ha hecho caer muy cerca de Istanbul. En realidad la información que contiene no creemos que vaya a ser vital para nadie. Pero como es lógico, si alguien la ha de recoger somos nosotros.

—Sí, claro. La he oído perfectamente.

—Me ha oído —sonrió Peggy Marlowe—, pero no me ha creído, ¿verdad?

—No del todo.

—Bueno... No nos va mal que sea usted un poco desconfiado, señor Karr. De todos modos, puesto que interpreto que su actitud a mi negativa a darle información será la de rechazar el viaje, me parece que voy a sincerarme.

—Será lo mejor —asintió Chester.

—Mi sinceridad abarcará la información respecto al contenido de la caja negra y nada más. El

Edo-3

, que ha caído de su órbita, contiene una película que ha estado obteniendo durante varias semanas sobre desplazamientos de tropas y material de guerra en la frontera chino-soviética, donde, como usted sabe, las cosas están adquiriendo un grado de tensión muy preocupante.

—Sí. Parece que los chinos y los rusos podrían acabar por enfadarse. Consecuencia, es que deben estar desplazando mucho material de guerra y personal humano a ambos lados de la larguísima frontera. ¿Eso nos interesa a nosotros?

—En cierto modo —sonrió Peggy Marlowe—. Tenga en cuenta que para aprender cosas del posible enemigo no hay nada mejor que observarlo cuando, en teoría, se está preparando para realizar o

repeler una agresión. En ese sentido, y considerando que el satélite
Edo-3

ha estado sobrevolando toda esa zona, nuestras posibilidades de obtener una información importantísima son muy grandes.

—Está bien. Comprendo que necesiten ustedes un experto para retirar la caja negra de los restos de ese satélite. La verdad es que según el procedimiento que utilizasen para recuperarla, podría estropearse todo su contenido.

—Por eso precisamente hemos recurrido a usted, tal como le he dicho. Nuestros amigos de Istanbul están buscando el

Edo-3

, y no creo que tarden en localizarlo. Para entonces, usted debe estar allí, ir donde esté el

Edo-3

, y simplemente recuperar la caja negra sin que ésta y su contenido sufran el menor percance.

—Parece una cosa muy sencilla, la verdad.

—Sería mucho más sencilla todavía si no fuese porque creemos que los rusos se han enterado de lo sucedido y están buscando también el

Edo-3

.

—Caramba... Eso ya es más peligroso, señorita Marlowe.

—Lo es. Pero esa parte del asunto no le concierne a usted. Usted no está obligado a intervenir en posibles enfrentamientos. Su intervención será únicamente cuando todo esté solucionado y lo que reste por hacer sea retirar la caja negra del satélite.

—Sería muy desagradable que los rusos consiguiesen esa caja y vieses qué clase de información estamos obteniendo de ellos, ¿no es así?

—En absoluto. Tanto rusos como americanos sabemos perfectamente el espionaje a que estamos siendo sometidos por parte de los otros. En este caso, lisa y llanamente, se trata de que esa información obtenida no sea desperdiciada. Queremos la caja negra, señor Karr. Eso es todo.

—De acuerdo. Y ahora que ya hemos hablado de negocios, ¿qué tal si procuramos divertirnos un rato?

—De verdad que lo haría con mucho agrado, señor Karr. Pero

prácticamente, no tiene usted tiempo de nada. Solamente de pasar por su apartamento, recoger las cosas que precisa para el viaje, y salir inmediatamente hacia el *Miami International Airport*. Lo siento de veras, pero así están las cosas.

—Bueno, pero me darán ustedes tiempo al menos para avisar a mi jefe en Base Kennedy de que...

—No. Nosotros nos encargaremos de avisarle. En realidad, él ya debe saber que usted aceptará este trabajo de colaboración, y que a partir de mañana, hasta fecha indefinida, no se presentará a su trabajo. No se preocupe por esos detalles. Usted, señor Karr, simplemente tome el avión y salga hacia Istanbul.

—¿Tampoco tenemos tiempo de tomarnos lo que hemos pedido al llegar... y que veo que nos traen?

—Eso sí —sonrió Peggy Marlowe—. Usted con *whisky* y yo con un *vodkorange* podemos brindar por su feliz retorno a los Estados Unidos. Mientras tanto, diremos: ¡feliz viaje a Istanbul, señor Karr!

CAPÍTULO II

Cuarenta y ocho horas más tarde, después de un viaje largo y fatigoso debido a la premura con que fue realizado utilizando las combinaciones más rápidas en las escalas, Chester Karr aterrizaba en el aeropuerto internacional de Yesikoy, a veintitrés kilómetros de Istanbul.

Muy pronto anochecería. Después de los diversos trasbordos en Nueva York, París y Roma, a Chester Karr casi le parecía imposible que hubiese llegado ya al término del viaje. Y el hecho de que estuviese anocheciendo le parecía formidable, ya que tenía la intención de en cuanto llegase al hotel, acostarse y permanecer en la cama hasta despertar por propio impulso, sin llamadas ni avisos de ninguna clase.

Tras desembarcar del poderoso *jet* de *Alitalia*, Chester Karr fue conducido con los demás pasajeros a cumplir los trámites reglamentarios de llegada a Turquía.

Trámites que, por supuesto, no presentaron en absoluto ninguna complicación para el agente postizo de la CIA. Un agente postizo, pero que, desde luego, dispondría de todos los grandes recursos del espionaje americano. Empezando, naturalmente, por todo cuanto tipo de herramientas precisase para desmontar el

Edo-3

y retirar la caja negra.

Mientras tanto, Chester Karr se preguntaba quién le estaría esperando en Yesikoy. Él conocía a los tres hombres clave de aquel asunto en la ciudad turca, que eran Martin Lambert y los turcos Omar y Kemal. Pero era poco probable que éstos le conocieran a él a su vez...

—¿Señor Karr? —Oyó tras él.

Chester se volvió y en el acto reconoció al turco Kemal. En persona resultaba aún más bonachón y simpático que en la fotografía que había visto en la discoteca de Miami Beach. Kemal tenía el rostro absoluta y perladamente redondo, y destacaba en él un fiero y grueso bigotazo cuyas puntas se curvaban hacia arriba. Los pequeños ojillos negríssimos escrutaban con un destello de malicia y simpatía al recién llegado personaje.

—En efecto —sonrió Chester—. Soy Chester Karr. Y usted es Kemal.

—Sí, señor —sonrió ampliamente el turco mostrando unos grandísimos y blanquíssimos dientes—. Soy Kemal, para servirle. Tengo el coche en el estacionamiento, señor Karr, y con mucho gusto lo llevaré a su hotel.

—Muchas gracias. Pero creía que vendría a recibirme el señor Lambert.

—El señor Lambert ha desaparecido, señor Karr.

Chester, que ya había comenzado a caminar hacia la salida junto al turco, el cual se había hecho cargo de su única maleta, se detuvo en seco.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—Sí, señor. —Lo miró ahora el turco seriamente—. No sabemos todavía qué pensar, puesto que en ocasiones el señor Lambert, o incluso nosotros, por razones de discreción permanecemos incomunicados durante bastantes horas. Puede que sea esto lo que esté haciendo el señor Lambert. De todos modos ha desaparecido.

—Bueno —bufó Chester Karr—. A mí me parece usted de lo más tranquilo, amigo. Resulta que el jefe de la CIA en Istan...

—Sssst... —Se llevó un dedo a los labios Kemal, chispeantes sus ojillos de malicia—. No hable tan alto, señor Karr. Nuestra conversación no es apta para todos los oídos.

—Está bien —gruñó el agente de la NASA trasladado a la CIA—. Pero supongo que haremos algo respecto a la desaparición de Lambert.

—Esperar. Si mañana a las ocho de la mañana no hemos recibido noticias del señor Lambert, podremos ya estar seguros de que le ha ocurrido algo que no ha podido controlar. Pero, señor Karr, hasta que lleguen las ocho de la mañana, y de acuerdo a todas las normas dictadas por el propio señor Lambert, nosotros ni nos

preocuparemos ni haremos nada al respecto.

—Está bien —encogió los hombros Chester—. No voy a ser tan fatuo y estúpido de llegar aquí pretendiendo enseñar su trabajo a unos profesionales.

—Esto me demuestra —volvió a sonreír ampliamente el turco— que es usted un hombre inteligente. ¿No ha traído más equipaje que esta maleta y el maletín que lleva usted?

—Nada más. Espero pasar aquí pocos días.

—Así será, seguramente. Todavía no hemos encontrado el objeto que estamos buscando, pero últimamente estamos al habla con unos pescadores en determinada zona de la costa, y parece que la información va a ser definitiva.

—No entiendo nada de lo que usted dice, Kemal.

—Bueno... En realidad usted no debe preocuparse por estos detalles, señor Karr. A menos, claro está, que a las ocho de la mañana el señor Lambert no haya aparecido. En cuyo caso ocuparía usted su puesto.

Chester Karr volvió a detenerse en seco. Tan en seco, que se venció hacia delante como si estuviese apunto de caer de bruces.

—¿Qué dice usted? —exclamó—. ¿Ocupar yo el puesto de un espía profesional y que, seguramente, es todo un veterano?

—Sí, señor. Comprenda usted que nosotros, los colaboradores nativos, no podemos tomar iniciativas, sobre todo teniendo en cuenta que el objeto que estamos buscando es de neta procedencia americana. Por otra parte, no recurriríamos a usted si considerásemos que cualquiera de nosotros puede dirigir la operación rescate. Pero en ausencia... en la posible ausencia del señor Lambert, y no queriendo comprometer a más agentes americanos en esta recogida, lo normal sería que interviniese usted, puesto que, de todos modos, intervendría en su fase final.

Todavía con los pies como clavados en el suelo, ya casi en la salida del aeropuerto, Chester Karr comenzó a rascarse la coronilla.

—Me parece que me he metido en un buen lío. En fin, esperemos que Martin Lambert aparezca de un momento a otro. Vamos al coche, por favor. Estoy rendido y quisiera acostarme inmediatamente. ¿Tengo que atender mañana por la mañana algún asunto especial?

—No, señor. Podrá usted dormir a sus anchas... a menos, insisto,

que a las ocho en punto no hayamos tenido noticias del señor Lambert.

Salieron del aeropuerto y se dirigieron al estacionamiento, caminando por entre los coches que se agrupaban ordenadamente. Entre el tiempo invertido en aterrizar y los trámites oficiales de admisión en el país, había transcurrido el tiempo suficiente para que ya fuese completamente de noche. Alrededor del estacionamiento, unas altas farolas esparcían su luz.

—Le gustará Istanbul, señor Karr —aseguró Kemal—. Es una ciudad un poco difícil, pero que encanta a todos los extranjeros. Sobre todo a los americanos.

—¿Por qué sobre todo a los americanos?

—Porque a los americanos les encantan las cosas diferentes a las que ellos conocen y los ambientes distintos a aquéllos en que viven. Y tengo entendido que en los Estados Unidos no hay bazares, ni vendedores de agua, ni encantadores de serpientes... ni mezquitas.

—Pues no —admitió Chester Karr—. Y tampoco hay serrallos, amigo Kemal.

—Bueno —rió el turco—. Seguramente viene usted con la creencia de que va a poder visitar alguno aquí.

—Se equivoca por completo. Sé muy bien que en Turquía ya no existen los serrallos... oficialmente.

—¡Ah...! ¡Sí! Me va usted convenciendo que es en verdad una persona inteligente. ¿Le gustaría visitar quizá algún serrallo privado, señor Karr?

—Hombre... La verdad, a mí esto de las chicas me encanta, pero si me he de encontrar con uno de esos pachás dispuestos a cortarme la cabeza, preferiría ir a un *night-club*. Las chicas serán más o menos las mismas, y está permitido admirarlas. ¿Sabe una cosa que desde luego no pienso perderme, Kemal?

—¿Qué cosa? —sonrió el turco.

—La danza del vientre. A mí, esas chicas que mueven el vientre de esa manera, me maravillan. No sólo me maravillan, es que me dejan pasmado, admirado... Incluso en ocasiones he probado yo a mover el vientre así.

Kemal se echó a reír verdaderamente de buena gana, mientras Chester Karr le contemplaba con simpatía. Y así estaba, riendo Kemal a mandíbula batiente, con lo que su vientre sí se movía de

modo muy visible, cuando por entre la cercana hilera de coches les llegó un agudo grito de mujer.

Kemal dejó de reír instantáneamente, y miró sorprendido a Chester, como consultándolo. El americano asintió con la cabeza.

—Sí... A mí también me ha parecido oír...

El grito se repitió, ahora con claridad, inconfundible.

Era una mujer, no cabía duda.

Sin vacilar, Chester Karr dejó caer el maletín que contenía sus objetos de uso personal, y echó a correr hacia la hilera de coches tras la cual habían sonado los gritos femeninos.

—¡Socorro! —oyó gritar de nuevo—. ¡Socorro!

El hombre de la NASA ya no vaciló más respecto a la dirección que debía seguir. Simplemente, sin dejar de correr, dio tal salto que cayó de vientre sobre uno de los coches, y se deslizó por él hacia el otro lado.

Tuvo que girar rápidamente, haciendo un fuerte esfuerzo con el cuerpo, para caer de pie.

Captó la escena en un instante. En el suelo, caída de lado y aferrada a un gran bolso, había una mujer. No pudo verla bien, porque dedicó en el acto toda su atención a los otros personajes de la reveladora escena.

Los otros personajes eran tres sujetos malencarados, de raza turca evidentemente, sucios, desastrados, uno de los cuales sostenía en la mano derecha una enorme navaja, que centelleaba a la luz del estacionamiento...

—¡Cuidado! —advirtió la mujer—. ¡Están armados...!

Chester se había dado perfecta cuenta de esta circunstancia, y se disponía a obrar en consecuencia. En realidad, eran dos los hombres armados que tenía ante él, no uno solo como había visto al principio, ni tres como suponía la mujer.

Tres enemigos, dos de los cuales exhibían las peligrosísimas armas blancas, no eran de desdeñar.

Uno de los turcos señaló a Chester y masculló algo en un idioma que éste no pudo entender. De todos modos no hacía falta entender el turco. La situación era lo bastante clara, así como la actitud de los tres individuos, que saltaron a una contra Chester Karr.

Éste, en primera instancia, se limitó a retroceder un paso mientras descargaba un tremendo puntapié entre las ingles del

hombre más cercano a él. El turco lanzó un bramido, soltó la navaja y cayó de rodillas, para hacerlo inmediatamente de bruces.

Pero mientras tanto los otros dos habían pasado furiosamente al ataque.

Con toda lógica, Chester Karr atendió en primer lugar al que tenía la navaja. Lo esperó a pie firme, como dispuesto a aceptar el choque, y el turco cayó en la trampa. Lanzó un navajazo horizontal que podía haber degollado, más aún, casi decapitado a Chester Karr, de haberle acertado a la garganta, que era el punto elegido.

Pero Chester Karr, tras el engaño hecho al turco simulando aceptar el choque, había retrocedido, y el turco, llevado por el impulso del golpe que acababa de descargar, trompicoó y cayó hacia delante.

Tuvo mala suerte.

Después de aquello, por supuesto solamente le quedaría el recurso de acudir a un buen dentista, puesto que cuando el hombre caía hacia delante, el pie derecho de Chester Karr volvió a entrar en funciones, acertándole de lleno en la boca, que reventó en un surtidor de sangre, mientras se oía el crujido de los dientes.

Mientras el segundo turco armado de navaja caía hacia atrás, el tercero conseguía caer sobre Chester Karr, sobre su espalda, pues le habían rodeado rápidamente. El turco se aferró al cuello de Chester intentando una fortísima estrangulación, mientras sus piernas se clavaban en los muslos del agente de la NASA para tenerlo mejor controlado.

La reacción de Chester Karr fue la de un auténtico experto en luchas cuerpo a cuerpo. Lanzó la cabeza hacia atrás, y con la coronilla golpeó en la nariz del turco, que lanzó un alarido y aflojó la presión que sostenía en la garganta del americano. Aprovechando el respiro que significaba verse libre de la presión en la garganta, Chester Karr lanzó ahora hacia atrás y arriba su codo derecho, que se hundió con sordo impacto en la garganta del turco. Éste relajó sus piernas y apoyó los pies en el suelo, quedando todavía a espaldas de Chester Karr e intentando recuperar la presa en la garganta de éste.

Ya era demasiado tarde.

Con un perfecto movimiento de hombros, Chester Karr lo lanzó por encima de su cabeza con tal fuerza que fue a ocasionar una

tremenda abolladura en la portezuela de uno de los coches estacionados cerca.

Ya de muy cerca, llegó la voz jadeante de Kemal:

—Aguante, señor Karr, que llego en su ayuda inmediatamente.

Fuese por la inminente presencia de otra persona, o por la contundente manera en que los estaba tratando Chester Karr, los tres adversarios de éste no parecieron dispuestos a continuar la pelea. Los dos primeros en recibir sus escalofriantes puntapiés ya se habían incorporado, y, tambaleante uno de ellos, con la mano en la sangrante boca, daba trompicones alejándose de Chester. El otro, el que había rebotado de cabeza contra una portezuela de coche terminando así su vuelo, también estaba en pie, y su actitud todavía mostraba una cierta agresividad.

Pero unas palabras farfulladas por el primero de los enemigos de Karr, le hicieron desistir de sus intenciones, y antes de que el agente postizo de la CIA pensase siquiera en tomar la iniciativa, o Kemal llegase al lugar de la contienda, los tres turcos desaparecieron corriendo entre los coches.

Kemal llegó a tiempo todavía de ver a uno de espaldas, y alzó la pistola que llevaba en la diestra.

—No hace falta, Kemal —le bajó rápidamente la mano Chester—. Son unos pobres diablos que solamente querían robarle el bolso a la señora.

—De todos modos merecen un escarmiento —gruñó Kemal—. ¡Los muy cerdos!

—Déjelos que corran. No nos conviene meternos en líos, supongo. ¿No es así?

—Tiene usted razón —admitió de mala gana Kemal, guardando la pistola—. No vamos a complicarnos la vida en las actuales circunstancias por unos cuantos sinvergüenzas.

—Exacto. Vamos a ver cómo está esa pobre señora.

La pobre señora, que todavía estaba tendida en el suelo mirando con ojos desorbitados por la incredulidad al muy serio pero guapísimo Chester Karr, se apresuró a aceptar la mano que éste le tendía para ayudarla a ponerse en pie.

Y al mismo tiempo que ella se ponía en pie, Chester Karr estuvo a punto de caer derribado, fulminado por la tremenda impresión que recibió.

La señora en cuestión debía tener poco más de veinte años, una hermosísima y abundante cabellera roja y los ojos más grandes, claros y brillantes que Chester Karr había visto en su vida. Por si la increíble belleza del rostro no fue suficiente, la agredida dama tenía un cuerpo turgente y vibrante, tan bien moldeado, que realmente el americano estaba patitieso.

—Muchas gracias, señor —dijo ella en inglés—. Les agradezco mucho a usted y su amigo que se hayan arriesgado por mí.

—¿Qué? —murmuró Chester Karr.

—Le decía que no sé cómo agradecerle la ayuda que me han prestado.

Chester Karr hizo el gesto de quien se encontraba en un maravilloso paraíso y de pronto cae duramente a la prosaica y deprimente Tierra.

—¡Ah, sí! Bueno, realmente no tiene mayor importancia, señorita.

—¡Ya lo creo que tiene importancia! —exclamó ella—. ¡Querían robarme el bolso! No es que lleve mucho dinero, ni cosas de valor en esta ocasión, pero siempre es muy molesto que a una la asalten.

—Bueno —encogió los hombros Chester Karr—. Realmente, si sólo querían un poco de dinero, la cosa no era demasiado preocupante. Lo malo es que a veces esta clase de individuos tiene también otras pretensiones, digamos de índole más... íntima.

La muchacha bajó rápidamente la mirada al suelo.

—Es que... me parece que también... también hablaron algo a ese respecto.

—¡Ah! ¿Entiende usted el turco, señorita?

—Un poco. Solamente lo justo para poder desenvolverme por Istanbul sin ayuda de nadie. Gracias... —sonrió la muchacha a Kemal, que le devolvía el bolso que, finalmente, había quedado en el suelo cuando Chester la ayudó a ponerse en pie—. Me gustaría poder corresponder de algún modo a la gentileza de los dos.

—Como muy bien dice el señor Karr —sonrió Kemal, hablando también en inglés—, no ha tenido ninguna importancia, señorita. Cualquiera hubiera hecho lo mismo. En cuanto a mí, como turco que soy, de muy buena gana les habría dado una gran lección a esos pillastres. Siempre hay gente que estropea la cordialidad de un país.

—Bueno, eso pasa en todas partes —aseguró la muchacha—. No

creo que deba usted preocuparse.

—¿Quiere que la llevemos a alguna parte? —propuso Chester—. Mi amigo tiene un coche, y con muchísimo gusto podemos llevarla, señorita... señorita...

—Me llamo Marlene Kopff. —Miró la muchacha con sus bellísimos y grandiosos ojos al hombre de la NASA—. Le agradezco mucho su ofrecimiento, señor...

—Karr —se apresuró a presentarse el americano—. Chester Karr, señorita Kopff. ¿Kopff? No parece un apellido inglés.

—Es alemán —parpadeó ella—. Lo cual es lógico considerando que yo soy alemana, señor Karr.

—¡Ah! Sí, claro. Bueno, usted ya habrá comprendido que yo soy un tipo de éstos que se pasan la vida mascando chicle, según la vieja literatura. O sea, americano. ¿Qué me dice de nuestra oferta de coche?

—Agradecida, pero tengo el mío propio. Me las puedo arreglar perfectamente, por lo tanto, para regresar a Istanbul.

—¿Regresar?

—Sí. Estoy en la ciudad hace algunos días. He venido a Yesikoy a esperar a mi padre, que tenía que llegar de Roma para enseñarme a pilotar el helicóptero que me ha regalado por mi cumpleaños.

—¿Y qué ha ocurrido con su padre?

—Pues, simplemente, que no ha llegado. Supongo que habrá trabajo inesperado y que cuando regrese al hotel encontraré algún telegrama dándome explicaciones. Lo lamento más que nada porque, aparte de que hace días que no veo a mi padre, estaba deseando iniciar mis lecciones de piloto de helicóptero.

—Bueno... Yo soy un aceptable piloto, señorita Kopff. Quiero decir, que, en realidad, el helicóptero es uno de mis pasatiempos preferidos. Debido a mi trabajo, en ocasiones tengo que hacer rápidos desplazamientos, y en esas ocasiones utilizo un helicóptero.

—Debe ser emocionantísimo —exclamó Marlene Kopff con alegría—. ¡Tengo tantos deseos de poder volar!

—En mi opinión —dijo muy seriamente Chester Karr—, usted no necesita helicóptero para volar, señorita Kopff.

La muchacha se desconcertó.

—¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir, señor Karr?

—Pues quiero decir, exactamente, que los ángeles no necesitan

artefactos para volar. Les bastan sus propias alas.

Durante un instante, Marlene Kopff quedó tan desconcertada como Kemal. Luego, mientras el turco sonreía mostrando sus grandotes y blancos dientes, Marlene se echó a reír.

—Es usted muy simpático, señor Karr.

—¿De veras? Bueno, no voy a discutir con usted, desde luego. Pero le aseguro que es una de las pocas personas en el mundo que tienen semejante disparatada opinión sobre mí.

—¿Es posible que haya alguien que no le encuentre a usted simpático?

—¿Alguien? Bueno lo sorprendente sería que hubiese alguien que me considerase simpático. Pero volvamos a lo del helicóptero. Aunque usted debe tener bien escondiditas en la espalda dos magníficas alas con las que podría volar, no estaría de más que en ausencia de su padre y si a usted le parece bien, yo le enseñase a manejar el helicóptero... Es sólo por si sufriese usted una avería en las alas, naturalmente.

De nuevo rió Marlene Kopff.

—¿Me está usted proponiendo convertirse en mi maestro de vuelo, señor Karr?

—Me parece un título un tanto rimbombante, pero en definitiva ésa es mi oferta, sí. ¿Qué contesta?

—Pues... Vaya, la verdad, no sé qué decir, señor Karr. Estoy en el *Hotel Macka*. Supongo que, como ya he dicho, cuando llegue allí, o quizá más tarde, pero desde luego esta misma noche, tendré un telegrama de mi padre en el que aparte de alguna pequeña excusa, me dirá que viene mañana, o lo más tarde pasado mañana. De todos modos, por si su negocio de esta vez fuese muy importante y su retraso fuese a durar bastantes días, creo que debo optar por aceptar su oferta.

—Estupendo. Bien, es muy posible que mañana tenga yo que atender también algunos negocios, pero me las arreglaré para llamarla al hotel. ¿Ha dicho usted el *Hotel Macka*?

—Sí.

—Bien. De todos modos, aunque su padre llegase mañana mismo o quizá incluso en otro vuelo de esta noche, espero que esto no sea obstáculo para que podamos volvernos a ver.

—Claro que no —murmuró Marlene Kopff—. Por mi parte, no

hay inconveniente. Al contrario, estoy segura de que será muy agradable.

—Al parecer tenemos puntos de vista coincidentes. Bien, señorita Kopff. ¿Realmente no podemos hacer nada por usted esta noche?

—Nada más, gracias. —La muchacha tendió la mano a Chester Karr—. Les estoy muy agradecida a los dos. ¡Adiós, señor Karr!

—Hasta mañana, seguramente, señorita Kopff.

Marlene Kopff sonrió de nuevo, hizo un gesto de simpatía a Kemal y se alejó. Chester Karr y Kemal estuvieron mirándola hasta que, poco más allá, la vieron meterse en un coche y partir hacia la salida del estacionamiento.

—Es una hermosa muchacha —comentó Kemal.

—Sí. Lástima que sea alemana.

—¿Lástima? ¿Por qué, señor Karr?

—Porque dicen que los alemanes son muy cabezotas. Y a mí, las personas cabezotas no me gustan nada.

—A mí no me ha parecido que la señorita sea una cabezota —rió el turco.

—No me refiero al tamaño de la cabeza. Me refiero a su sistema mental. Cuando un alemán se propone una cosa, no hay quien le detenga.

—Bueno... ¿Y qué tiene eso de malo?

—Pues que si, por ejemplo, la señorita Kopff se propusiera enamorarme, no pararía hasta conseguirlo. Y eso sería terrible, Kemal.

Una vez más el turco se echó a reír, mientras señalaba hacia donde había dejado su coche.

—Yo creo, señor Karr, que a usted también le gusta la señorita Kopff. Y lo terrible de este asunto va a ser que quizá no disponga de tiempo para darle lecciones. No olvide que usted ha venido a Istanbul para atender un asunto muy serio.

Chester Karr miró de reojo al turco.

—Yo siempre atiendo con seriedad todos mis asuntos, Kemal.

—No he pretendido...

—Sé muy bien que no ha pretendido molestarme, no se preocupe. Y ahora, por favor, lléveme a mi hotel. Estoy reventado del viaje. Y sólo me ha faltado tener que repartir unos cuantos

sopapos, para acabar conmigo.

—Pues no parece que le haya resultado a usted muy difícil desembarazarse de tres granujas. Generalmente, esos tipos que asaltan a mujeres y van armados, son bastante peligrosos.

—Bueno —sonrió secamente Chester Karr—, la solución al respecto es muy simple; yo soy más peligroso que ellos.

—Ya ve lo que son las cosas: cuando me dijeron que iba a llegar un técnico de la NASA, esperaba un sujeto intelectual, educado, pero... vamos, que yo esperaba más bien un tipo enclenque, señor Karr.

—Todos nos equivocamos alguna vez. ¿Éste es el coche?

Kemal abrió la puerta del coche junto al cual se había detenido.

—Sí, señor. Debajo de uno de los puentes de Istanbul tengo una lancha con radio. En cuanto Omar y los hombres con los que él está en contacto localicen el

Edo-3

, me avisarán precisamente allá. Y la lancha nos será muy útil, porque, al parecer, el

Edo-3

ha caído cerca de una playa. Omar está en contacto con unos pescadores, precisamente.

—Está bien. Ya me avisará usted, Kemal^[1]. Mientras tanto, me tomaré las cosas con calma. Tengo entendido que Istanbul es una ciudad simpática.

—En ocasiones —murmuró Kemal—. Pero eso depende de lo que venga usted a hacer a Istanbul, señor Karr. Para las personas que se dedican a nuestra profesión, es una ciudad tan peligrosa como otra cualquiera.

—¡Bah! Ya verá como en cualquier momento Martin Lambert se pone en contacto con usted, y todo se soluciona satisfactoriamente.

CAPÍTULO III

El timbrado del teléfono despertó a Chester Karr.

Se revolvió en la cama, abrió los ojos y se quedó mirando el negro artefacto, que emitió el segundo timbrado. Para entonces, los reflejos de Chester estaban ya funcionando. Alzó el brazo izquierdo y miró la hora de su reloj automático de pulsera. Eran exactamente las ocho y dos minutos de la mañana.

El agente postizo de la CIA se sentó rápidamente en la cama y tomó el auricular.

—¿Sí? —musitó.

—...

—¡Ah, Kemal! Sí, ya suponía que era usted. ¿Qué ocurre?

—...

—Sí... Entiendo, entiendo, Kemal. Yo también tengo más de las ocho de la mañana. Solamente las ocho y un par de minutos, pero interpreto que para usted estos dos minutos ya son suficientes para comprender que algo ha ocurrido...

—...

—Está bien. Dígame qué es exactamente lo que tengo que hacer.

—...

—Sí... Sí... Entiendo. ¿Pasará usted a recogerme o voy yo directamente hasta ese embarcadero?

—...

—Bien. Salgo para allá inmediatamente.

Chester Karr colgó el auricular, saltó de la cama y fue rápidamente al cuarto de baño. En menos de veinte minutos estuvo duchado, afeitado y vestido. Ni siquiera eran las ocho y media de la mañana cuando Chester Karr, delante del Hotel Hilton, tomaba un taxi a cuyo conductor dio la dirección de uno de los puentes que

cruzan el canal. El recorrido fue realizado con relativa rapidez, y hacia las nueve menos cuarto Karr llegaba a pie ante la lancha cuyo nombre le había facilitado Kemal por teléfono. No vio a Kemal en la lancha, pero ello no fue motivo para que vacilase. Saltó a ella y se dirigió a la doble puerta que separaba la cubierta de la cabina interior.

—¿Kemal? —llamó.

No obtuvo respuesta. Empujó la doble puerta y entró en las cabinas.

—¿Kemal? —volvió a llamar.

Esta vez sí que obtuvo respuesta del turco, con lo que se relajó.

—Pase, señor Karr. Estaba cerrando el contacto con Omar.

Karr se encontró en un camerino diminuto, en el que a la izquierda se veían dos literas, una de ellas con la ropa removida. A la derecha había un pequeño servicio higiénico, y una cocina que debía funcionar a gas butano. Y a la izquierda de la cabinita higiénica, había una especie de armario con cubierta de formica. El armario estaba abierto, y en su interior Chester pudo ver la radio allí instalada. Es decir, una radio que no tenía nada que ver con la normal de dotación de cualquier embarcación.

Kemal, que tenía un poco alborotados los bigotes, lo miraba expectante. Y Chester Albert Karr se dio cuenta de que el turco estaba calculando qué posibilidades tenía de recuperar el

Edo-3

el grupo en el que ambos estaban incluidos ahora que Martin Lambert no se hallaba presente para dirigirlo. Por supuesto, el turco desconfiaba de la capacidad de Karr, y éste no podía censurarle por ello.

—De modo que no tenemos la menor noticia de Martin Lambert —musitó.

—No, señor. En realidad, anoche cuando fui a recibirle estaba ya seriamente preocupado, pero como ya le dije, en ocasiones surgen pequeños imprevistos o incluso problemas de relativa importancia que nos obligan a permanecer en silencio. Eso mantenía mi esperanza, hasta cierto punto. Pero, desgraciadamente, el señor Lambert no ha aparecido. Y todos los plazos y previsiones por él establecidos se han cumplido. Por lo tanto, señor Karr, estoy a sus órdenes.

Chester Karr encendió un cigarrillo, tras ofrecerle otro a Kemal, y se quedó mirando la radio. Tenía a Kemal a sus órdenes y, al parecer, a otros muchos hombres que estaban esperando decisiones. De lo que no tenía ni idea era de qué clase de decisiones podía él tomar.

—Mientras tanto —dijo de pronto—, supongo que continúan la búsqueda del

Edo-3

—Así es. No es esto lo que me preocupa, francamente. Estamos buscando el

Edo-3

en una zona cada vez más reducida, y si no lo encontramos hoy puede estar seguro de que no pasará de mañana.

—Bien... Algo es algo. Mientras tanto quizá sería conveniente que yo me dedicase a localizar a Martin Lambert. ¿Le parece que tengo alguna posibilidad?

—No, señor. Si el señor Lambert no ha llamado aquí, a la lancha, con su radio de bolsillo, ni está en su apartamento, quiere decir que no va a ser fácil encontrarlo. Y mucho menos usted.

—Entiendo.

—Bueno... No he querido decir que usted sea incapaz de encontrarlo, señor Karr. Me refería más bien a que usted no conoce Istanbul, y en estas condiciones, francamente, creo que sus posibilidades son remotísimas.

—Pero supongo que hay algo que yo pueda hacer, ¿no es así?

—No lo sé, pero a mí desde luego no se me ocurre. Lo que sí debe usted hacer, y de inmediato, es tomar el mando de nuestro grupo. Por cierto, tengo una radio de bolsillo que le voy a entregar a usted. —Kemal abrió un armario encima de la otra radio y sacó una pequeña radio que tendió a Chester Karr—. ¿Sabe usted cómo funcionan estos aparatos?

—Desde luego que sí. No soy un espía, Kemal, pero aparte de que tampoco soy tonto, tenga presente que soy un técnico en todo este tipo de artefactos.

—Bueno, señor Karr —sonrió Kemal—. Realmente no lo he considerado a usted tonto en ningún momento. Solamente me preocupa el hecho de que usted está al mando de un grupo de

hombres sin conocer ni el país, ni el idioma, ni la ciudad, ni tener experiencia alguna en espionaje.

—Para ser sincero —sonrió también, de pronto, Chester Karr—. Yo también estoy preocupado por esto. Pero puesto que no hay posibilidades de que yo encuentre a Martin Lambert, ni el

Edo-3

ha sido todavía definitivamente localizado, creo que debemos tomarnos las cosas con cierta calma. Por lo tanto, opino que debemos mantener todavía la esperanza de que aparezca Martin Lambert. Y mientras nos mantenemos en esa esperanza, que sigan buscando el

Edo-3

. Si cuando éste haya sido encontrado, Lambert aún no ha aparecido, tomaré las decisiones que considere oportunas.

—Me parece acertado —aceptó Kemal—. Cualquier cosa que ocurra, llámeme usted por este aparatito, señor Karr. En cuanto a mí, tengo otro igual, que me comunica con Omar cuando éste se halla lo bastante cerca. Naturalmente, usted entra ahora dentro de nuestro campo de comunicaciones.

—De acuerdo. ¿Cuál es el alcance máximo de esta radio?

—No llega a más de tres millas. Pero, en general, suele ser suficiente.

—Bien. Esté atento a la radio por si llamase Lambert u Omar, y dígame a mí cuál es el número de teléfono al que puedo llamar a Lambert. Lo iré haciendo periódicamente, por si éste apareciese.

Kemal no tuvo nada que oponer a esto. Facilitó a Karr el número de teléfono del desaparecido residente jefe de la CIA en Istanbul, y luego continuó ocupándose de la radio.

Por su parte, Chester Karr regresó al embarcadero, y se alejó de allí a pie, reflexionando sobre la situación en que se hallaba. Una cosa era llegar a Istanbul para desmontar una caja negra de un satélite espía, y otra cosa muy diferente era ponerse al mando de un grupo de espías de carne y hueso.

«En menudo lío me he metido», reflexionó.

Pero decidió que no todo fuese desagradable en aquél su primer día de estancia en Istanbul. Poco después entraba en un café cerca del Puente de Gálata, en el que se aseguraba que se hablaba inglés. Era cierto. Consiguió un desayuno aceptable de acuerdo a sus ideas

sobre lo que se debe desayunar, y luego pidió que le buscasen en la guía telefónica el número del *Hotel Macka*.

Debían ser las diez y pocos minutos de la mañana cuando Chester Karr conseguía comunicar con cierta habitación del *Hotel Macka*.

* * *

El teléfono que estaba sobre la mesita de noche del dormitorio sonó cuando Marlene Kopff, recién duchada, se hallaba ante el espejo del cuarto de baño, completamente desnuda, secándose con exquisito cuidado, como si temiera romper su finísima piel que parecía de seda.

Al oír el timbrado, volvió la cabeza, y su mirada cayó sobre el teléfono.

«No creo que sean ellos», pensó.

Dejó la toalla y salió del baño acabando de abrir la puerta. Su espléndida figura pareció reflejar la luz del sol que entraba en la habitación como si fuese de compacto cristal dorado.

Descolgó el auricular.

—Dígame.

—...

—¡Oh, señor Karr! —exclamó Marlene alegremente—. ¡Qué sorpresa!

—...

—No, no... No me molesta usted. De verdad, no es demasiado temprano para mí...

—...

—Soy más madrugadora que lo que usted parece creer —rió la muchacha—. Precisamente, he terminado de ducharme ahora mismo y se puede decir que estoy dispuesta a emprender una nueva jornada.

—...

—Bueno... No acostumbro a hacer nada especial, francamente. Me dedico a pasear, visitar museos, comprar algunas curiosidades...

—...

—No, no. Mi padre no va a llegar hasta dentro de tres días. Tal como le dije, recibí a última hora de la noche un telegrama urgente en el que me pedía disculpas y me advertía de que hasta dentro de

tres días no podría reunirse conmigo en Istanbul. Son las consecuencias de tener muchos negocios que atender.

—...

—¡Oh! —exclamó Marlene—. ¿De verdad lo haría? Por mí, encantada, señor Karr.

—...

—Sí, sí... Puedo estar lista en menos de media hora. ¿Dónde quiere que nos encontremos?

—...

—Me parece magnífico. Muchas gracias, señor Karr. Le espero. Hasta luego.

Marlene Kopff colgó el auricular y se quedó contemplando pensativamente el negro aparato. Durante medio minuto estuvo así como si hubiese quedado convertida en una bellísima estatua. Luego, volvió a descolgar el auricular y pidió un número de Istanbul a la telefonista del hotel.

La conversación se estableció en menos de medio minuto, después de que Marlene Kopff estuvo oyendo sonar el aparato con el cual quería comunicarse.

—¿...?

—Soy Marlene —musitó la bella muchacha—. Se ha producido el contacto.

—...

—Sí, sí. Por completo. No me parece que este hombre tenga otros propósitos que los de enseñarme a pilotar el helicóptero.

—...

—Tendré cuidado. Pero no creo que sea una persona que deba preocuparnos demasiado. Por supuesto, sabré arreglármelas muy bien. ¿Alguna novedad?

—...

—Está bien. Adiós.

De nuevo colgó el auricular Marlene Kopff. Luego, regresó al cuarto de baño, donde acabó de secarse y se arregló con un discreto maquillaje. Hecho esto, se vistió rápidamente y se dispuso a bajar a desayunar en el comedor del hotel, a fin de estar completamente lista cuando, media hora más tarde, Chester Karr pasase a recogerla en el vestíbulo.

Chester Karr tomó la mano que le tendía la muchacha, y la estrechó cautelosamente, como si temiese romperla.

—Me parece que anoche no la vi suficientemente bien, señorita Kopff.

—¿Qué quiere decir? —sonrió ella, luminosamente—. ¿Que anoche le parecí aceptablemente bonita y esta mañana le parezco un adefesio?

—Por el contrario —negó muy seria y enérgicamente Chester Karr—. Anoche me pareció usted preciosa, y esta mañana todavía me lo parece más. Por eso digo que no debí verla bien.

—Es usted muy amable —rió Marlene—. Supongo que no tiene usted coche.

—Pues no. La verdad es que estaba pensando en alquilar uno, pero preferí esperar a verla a usted. Me imagino que debe conocer un poco Istanbul y sabrá aconsejarme al respecto.

—De momento, no hace falta que se moleste usted en alquilar coche alguno —dijo Marlene, tomándose del brazo de Karr y comenzando ambos a caminar hacia la salida del hotel, en cuyo vestíbulo se habían encontrado—. Hace bastantes días que estoy aquí, y tengo alquilado uno. Con él podemos ir al aeropuerto.

—¿Está usted completamente sola en Istanbul?

—Sí. Ya le he dicho que mi padre venía a reunirse conmigo, pero no ha podido ser. Bueno, realmente estaba con unos amigos de Roma que coincidieron aquí, conmigo. Lo estábamos pasando bien, pero tuvieron que regresar, de pronto, y precisamente gracias a eso compré el helicóptero. Era de ellos y no querían dejarlo aquí, así que les pareció más acertado vendérmelo y regresar en su reactor. Creo que alguien de su familia se puso gravemente enfermo.

—Vaya, mala suerte. En cambio, usted es una chica afortunada. Joven, con papá rico que puede regalarle helicópteros. —Chester Karr movió la cabeza, como admirado de algunos misterios de la vida—. Y para colmo, conoce usted nada más ni nada menos que a Chester Albert Karr.

—Lo cual —rió Marlene Kopff— debe ser el colmo de la buena suerte.

—Usted lo ha dicho —asintió Chester Karr—. ¿Su coche está en el garaje del hotel?

—Sí. Claro.

—Pues vamos allá. Me gustaría que hasta el aeropuerto condujese usted. Me he procurado un plano bastante detallado de los alrededores de Istanbul y, si le parece bien, podríamos volar sobre ellos, a fin de que sepamos dónde estamos. Por otro lado, tengo entendido que hay playas muy bonitas cerca de la ciudad.

—Así es. Una de las más cómodas, por llamarlo así, es la de Kilyos pero a mí realmente la que más me gusta es la de Yesikoy. Hay allí un precioso embarcadero al que se puede llegar en uno de esos vapores que cruzan los puentes. De todos modos, no vamos a tomar ningún baño... ¿O quizá sí, señor Karr?

—Yo creo —dijo Chester Karr— que lo mejor será que primero demos una buena batida para reconocer el terreno... De este modo, al menos, cuando tome usted los mandos y acabemos por estrellarnos, sabremos dónde lo hacemos.

Marlene Kopff rió una vez más.

—Es usted encantador, señor Karr.

—Sí, tengo alguna noticia al respecto —admitió Karr, impávido—. Y puesto que tan encantador soy, ¿por qué no me tuteas, Marlene?

Ella le miró vivamente. Sonrió y apretó con cálido gesto el brazo de Chester, al que se había agarrado.

—Claro que sí, Chester —musitó—. Encantada...

* * *

Verdaderamente, Marlene Kopff debía estar encantada de haber conocido a Chester Albert Karr.

Cuando menos, su actitud para con éste así parecía demostrarlo.

Se hallaban los dos tendidos en la arena de una solitaria playa, bajo el ardiente sol del mediodía. Habían llegado allí poco antes en el helicóptero de la muchacha, que se veía estacionado en una zona donde al llegar había habido sombra, pero que se había desplazado ya, de modo que el aparato se estaba cociendo al sol.

Como ellos mismos, por supuesto.

Aunque no parecía importarles demasiado. Por un lado, quizá porque realmente se estaba muy bien al sol. Por otro lado, porque cabía la posibilidad de que ni siquiera se enterasen de ello. Marlene Kopff, rodeando con sus bracitos el cuello de Chester Karr, se

dedicaba a la apasionante tarea de besar la boca del espía postizo. El cual correspondía con el entusiasmo debido a tan grata causa.

Pero como suele decirse, ni lo malo ni lo bueno es eterno. Y aunque según parecía, la situación podía haberse eternizado para el gusto de Marlene, Chester Karr resultó ser un hombre práctico.

—Me parece —murmuró, mientras repartía unos besitos entre el cuello, las orejitas y la boca de Marlene— que es hora de que regresemos a Istanbul. No creo que podamos alimentarnos de arena.

—Podríamos dedicarnos a la pesca —susurró ella, devolviéndole cumplidamente los besitos, en un corto recorrido anatómico—. Sólo tendríamos que buscar unas cuantas cañas, utilizar cordones de tus zapatos y un alfiler mío con algún gusanito para obtener un rico pescado.

—¿Y el fuego? —Intentó desanimarla él—. ¿Dónde obtendríamos el fuego para asar el pescado?

—Podríamos comerlo crudo —sugirió ella—. Los japoneses comen el pescado crudo.

—Bueno. Pero yo no soy japonés. ¿Y tú?

—Tampoco —rió ella quedamente, sin dejar de obsequiarle con diminutos besitos—. Aunque quizá me gustaría ser japonesa, pues tengo entendido que son unas mujercitas muy dulces y seductoras.

—Pues no sé... Pero ya que lo mencionas, en cuanto tenga tiempo pasaré por Japón y me compraré un *souvenir* de éstos.

—¿Quieres decir que piensas ir a Japón cuando abandones Istanbul?

—No, no. Quiero decir que me gustan las muñequitas.

—¿Como yo?

—Como tú. Pero también me gusta comer. Y te diré por qué. Si no como me muero de hambre. Y si me muero de hambre no puedo tener ninguna muñequita.

Marlene Kopff suspiró.

—En fin... Supongo que tienes razón, y que debemos marcharnos ya. Aunque ya sin bromas, Chester, por mi parte me quedaría aquí todo el día.

—Hay sitios tan buenos como éste para pasar el día. ¿Te atreverías a pilotar el helicóptero?

—¡No, por Dios! —exclamó Marlene—. Todavía no. No es que sea demasiado difícil, pero creo que todas las cosas requieren un

mínimo de tiempo para dominarlas, Chester.

—Estoy de acuerdo contigo. Por lo tanto, yo seré de nuevo el piloto. ¿Vamos ya?

Chester Karr se puso en pie, ayudó a hacerlo a Marlene Kopff, y ambos se sacudieron la arena de las ropas, sin dejar de mirarse. Luego, agarrados de la mano y mirándose se dirigieron hacia el helicóptero. En el cual, ciertamente, hacía un calor tremendo.

—Lo siento —refunfuñó Chester—. No tuve en cuenta que al ir desplazándose la sombra, el helicóptero se convertiría en un horno.

—No importa —dijo ella sonriendo—. Además, si tomamos el sol por gusto, también podemos soportarlo en otro momento, ¿no te parece?

—Por supuesto que sí. Eres una chica muy razonable, Marlene.

—Gracias —sonrió la muchacha—. Veamos si también soy inteligente. Quedamos en que para poner en marcha el aparato...

Poco después, reanudando Chester Karr sus lecciones de pilotaje, despegaba de la hermosa playa soleada donde se habían tomado un pequeño descanso... verdaderamente placentero.

Así son las cosas. Cuando se es ligón, lo mismo da Miami Beach que Istanbul. Chester Karr, evidentemente, no era hombre que perdiese el tiempo ni la iniciativa por lejos que estuviese de su... territorio de caza.

Aunque en ocasiones, los cazadores pueden resultar cazados.

Sentada junto a él, Marlene Kopff, que ya había demostrado que comprendía cómo se despegaba, continuó haciendo preguntas respecto al vuelo. Chester las estuvo contestando hasta que el helicóptero volvió a pasar por encima de la playa en la que se veían ancladas algunas pequeñas barcas de pesca. Marlene ni siquiera había concedido importancia a este detalle, pero Chester Karr, que ya antes había volado sobre aquel lugar, sí prestó atención.

Aunque tuvo que comprender muy pronto que la situación no había cambiado. De acuerdo al plano que le había entregado Kemal, aquél era el sitio donde se suponía que había caído el

Edo-3

y donde se estaba desarrollando la intensa búsqueda. Pero, hasta el momento, no se había obtenido un resultado definitivo.

Y quizá después de todo el

Edo-3

hubiese caído muy lejos de allí. Sólo tenía que esperar.

* * *

Bip-bip-bip-bip...

Marlene Kopff se revolvió en la cama, quedó finalmente cara al techo y abrió los ojos.

Seguía oyendo aquel leve zumbidito intermitente, aquel *bip-bip-bip...* pero no podía localizarlo. Movi6 la cabeza hacia la derecha, y entonces se dio cuenta de que Chester Karr no estaba junto a ella. Mir6 hacia la izquierda y lo vio.

Estaba sentado en el sill6n, cerca de donde haba dejado sus ropas y tena en las manos un peque1o aparato.

Chester Karr preguntaba en aquel momento:

—¿Es usted, Kemal?

—SÍ, se1or Karr —lleg6 metalizada y muy atenuada la voz del turco, a oídos de Marlene—. Soy yo. Le llamo para informarle de que hemos encontrado lo que buscábamos.

—¿Cuándo? —exclam6 Chester Karr.

—Hace menos de quince minutos. Estábamos un poco alejados de aquÍ, asÍ que hemos tenido que desplazarnos con mi lancha hasta alcanzar la distancia suficiente para comunicarnos con usted. Omar estÁ conmigo.

—Bien... De acuerdo, de acuerdo. Entiendo que el objeto estaba en el sitio donde los hombres lo buscaban.

—SÍ, en efecto. Emprendieron la búsqueda en cuanto amaneci6 y casi enseguida lo encontraron. ¿Va usted a venir, se1or Karr?

—Hombre, qué pregunta —buf6 Chester—. ¡Naturalmente que salgo para ahÍ inmediatamente!

—Nosotros regresamos a la playa para esperarle allí. ¿Le parece que despidamos a todo el personal que ha intervenido en la búsqueda?

—No sé. ¿Qué le parece a usted que debemos hacer?

—Bueno... Yo creo que puesto que han cumplido su misi6n, y para el resto no vamos a necesitarlos, lo mejor serÍa alejar al personal de esta zona. De lo contrario, a cada instante va a aumentar el riesgo de que llamemos la atenci6n de otras personas. No olvide usted que nuestros competidores de Moscú estÁn al corriente de que hemos perdido el aparatito.

—Está bien... Sí. Lo entiendo, Kemal. De acuerdo. Que todos vuelvan a sus puestos y espéreme solamente usted y Omar. ¿Todavía no sabemos nada de Martin Lambert?

—Nada en absoluto.

—Está bien. Salgo para ahí inmediatamente.

Marlene oyó un suave chasquido. Luego, Chester Karr guardó el aparatito en el bolsillo interior de su chaqueta. Y sólo entonces se volvió a mirar hacia la cama.

La luz del naciente sol penetraba a franjas en la habitación de Marlene Kopff en el *Hotel Macka*, y caía sobre el cuerpo de la muchacha, como dividiéndolo en numerosas secciones de oro.

Al resplandor de aquella luz de amanecer, Marlene Kopff vio sonreír a Chester Karr, que se acercó, se sentó en el borde de la cama y se inclinó a besarla.

—Sigue durmiendo, Marlene.

—Prefiero estar despierta —sonrió ella—. ¿Por qué tengo que dormirme estando tú a mi lado?

—Pues antes te dormiste y yo estaba contigo —dijo él—. De todos modos, no puedo censurártelo, puesto que yo también me dormí. Ahora es diferente, querida. Procuraré volver cuanto antes a reunirme contigo. ¿Me estarás esperando aquí?

—¿Adónde vas? —Se sentó ella rápidamente en la cama—. Yo voy contigo.

—Es muy temprano para que una jovencita como tú ande por el mundo. Además, debes estar muerta de sueño. Vamos, vamos, sé buena nena y vuelve a dormirte.

—No entiendo lo que está pasando... ¿No vas a explicármelo, Chester?

—En realidad es un asunto que no merece en lo más mínimo tu atención, pequeña. Unos amigos han encontrado algo que estaban buscando desde hace días. Han ido a encontrarlo precisamente a estas horas, para fastidiarme en grande. Pero no se les puede censurar mucho, puesto que para avisarme a tan temprana hora han tenido que iniciar la búsqueda apenas salir el sol. A decir verdad, quien menos está trabajando en este asunto soy yo.

—¿Qué asunto? ¿De qué estás hablando, Chester?

—Supongo —eludió él la respuesta— que no tienes inconveniente en prestarme tu helicóptero.

—Claro que no. Pero quiero saber qué es lo que ocurre.

—Mañana te lo explicaré todo —zanjó Chester la cuestión, poniéndose en pie.

Marlene saltó rápidamente de la cama, y se colgó del cuello del espía postizo.

—Tengo la impresión de que me he enamorado de un contrabandista —susurró—. O a lo peor, de un terrorista o algo así de terrible. Pero sea lo que sea, mi amor, quiero acompañarte. Además, podemos aprovechar la ocasión para seguir realizando mis clases de pilotaje de helicóptero.

Chester Karr apretó contra su pecho el cuerpo suavísimo de la muchacha y se inclinó para besarla en los labios. Un beso largo y lento, que fue relajando cada vez más profundamente a Marlene Kopff.

Cuando finalmente Chester Albert Karr la apartó suavemente, ella no tuvo fuerzas para replicar a su decisión:

—No. Te vas a quedar aquí esperándome. Eso es todo, Marlene.

CAPÍTULO IV

El helicóptero tomó tierra en aquella playa cerca de la cual durante el día anterior Ornar y otros colaboradores de la CIA se habían dedicado a la búsqueda del

Edo-3

• El sol había ascendido ya considerablemente, pero era todavía una bola amarillo-rojiza que teñía de este color el rutilante aparato, y las transparentes aguas del mar, que parecían quebrarse en miles de diminutos fuegos.

Apenas ver aparecer el helicóptero, Kemal había conducido su lancha hacia la playa, de modo que cuando Chester saltó de su aparato sólo tuvo que dar unas cuantas zancadas para poder saltar a la lancha del turco, que inmediatamente regresó al lugar donde había sido divisada desde el aire por Chester.

—Lo encontraron en la primera zambullida —dijo Kemal por todo saludo—. La verdad es que estábamos todos bastante desanimados, señor Karr, después de estos días de búsqueda. Pero precisamente esta mañana, cuando tan desanimados estábamos, lo hemos encontrado. Y parece ser que ha sido debido al reflejo de las primeras luces del sol. Hasta entonces había permanecido en una zona oscura en la que hay una relativa abundancia de algas.

—Está bien —asintió Chester—. Supongo que tenemos a bordo de esta lancha equipo adecuado para bajar a examinar el

Edo-3

• —Por supuesto —asintió el turco—. Bueno, señor Karr, ante todo permítame que le presente a Omar. Es un muchacho muy guapo, ¿verdad?

Chester Karr, que había mirado brevemente a Omar, lo miró con más atención, y sonrió cordialmente, tendiendo la mano.

—¿Qué tal, Omar?

—Muy bien, señor —sonrió el bello muchacho—. Supongo que a usted le gustan las mujeres.

—Más bien sí —se desconcertó Chester Karr—. Y hay algunas que podrían atestiguarlo sobradamente. ¿Por qué?

—Porque tengo la impresión de que Kemal pertenece... digamos a otra clasificación masculina. Y digo masculina por decir algo. Siempre que me ve me dice que soy guapo. ¿Usted no estaría ya un tanto mosqueado, señor Karr?

—¿Mosqueado? —sonrió Karr—. Si yo fuese tú, muchacho, jamás me fiaría de Kemal.

Los tres se echaron a reír. Estaban evidentemente nerviosos, y en el fondo de la conciencia de todos persistía la preocupación y el temor por la suerte que hubiese podido correr el desaparecido Martin Lambert. Pero realmente, todos los hombres que intervenían en aquel asunto tenían un único objetivo, que debía ser atendido por encima de todas las cosas. Ese objetivo era encontrar el

Edo-3

•
Y puesto que el

Edo-3

había sido encontrado por fin, lo lógico era que estuviesen, cuanto menos, satisfechos.

—Y pasando a un tema serio —dejó de reír de pronto Chester Karr—. ¿Qué me dicen de los rusos, Kemal?

—Eso es algo que me tiene realmente desconcertado, señor Karr. Tenemos la certidumbre de que los soviéticos están al corriente de que uno de los satélites espías americano ha caído no muy lejos de Istanbul. Incluso tememos que la desaparición de Martin Lambert sea debida precisamente a esto. Y sin embargo, durante todos estos días de búsqueda en ningún momento hemos visto a un solo ruso cerca de nosotros.

—Bueno —parpadeó Chester Karr—. No sé si entiendo muy bien lo que quiere decirme con esto, francamente.

—Es que ni yo mismo lo entiendo. Lo lógico sería que nos hubiesen estado vigilando en todo momento. Lógico sería también

que, como le digo, la desaparición de Martin Lambert estuviese relacionada con el

Edo-3

. En cuyo caso, si los rusos tenían alguna duda sobre la zona en la que había caído el satélite espía, tenga la seguridad de que habrían sabido conseguir que el señor Lambert se la aclarase. De un modo u otro, esta incomparecencia soviética en un asunto como éste, me tiene desconcertado y preocupado.

—Ya. Sí, realmente resulta, cuando menos, sorprendente. Pero a fin de cuentas, puesto que el

Edo-3

ha sido hallado y no parece que exista ninguna clase de dificultades, todo lo que tenemos que hacer nosotros es recuperarlo. ¿De acuerdo?

—Naturalmente. ¿Va usted a bajar, o prefiere que lo hagamos Omar y yo?

—No. Bajaremos Omar y yo. Usted, Kemal, se quedará a los mandos de la lancha y atento a la radio.

—Muy bien —aceptó el turco.

En pocos segundos, la lancha llegó, ya parado el motor, al lugar donde había una pequeña referencia. Un simple corcho sujeto con un hilo de nilón en cuyo otro extremo, una piedra había llegado al fondo.

Omar señaló el corcho.

—Ése es el punto exacto, señor Karr. Sólo hay que seguir el cordón de nilón y llegaremos al satélite.

—De acuerdo. Vamos a equiparnos para la inmersión, Omar.

Ayudados por Kemal, el joven Omar y el hombre de la NASA se colocaron los tubos de aire a la espalda. Por lo demás, el equipo no era en absoluto complicado, ya que consistía simplemente en un *slip*, el cinturón de plomo, y unas aletas natatorias para los pies.

Poco después, los dos saltaban de la lancha. Ya en el agua, se colocaron bien los respectivos lentes monoculares, y tras hacerse una mutua seña, se colocaron las boquillas de aire y se sumergieron a la vez.

Inmediatamente, todo cambió de aspecto.

Incluso el simple cordón de nilón que se sumergía, tenso, tomó otra tonalidad. Ya no parecía simplemente blanco, sino rosado. El

sol, incidiendo todavía muy de refilón sobre las aguas, ponía en la superficie un tono rojizo, que se expandía cada vez más oscuro hacia el fondo de la playa.

No tuvieron que descender mucho para encontrar la escasa vegetación marina. Escasa, pero en verdad inoportuna en aquel lugar. En uno de los pocos grupos de algas que se movían muy suavemente, desaparecía el cordón de nilón. Chester y Omar nadaron hacia allí, y el primero asió con dos dedos el cordón y lo fue siguiendo, apartando las algas.

Allá estaba el

Edo-3

·
Chester Karr se quedó mirando el satélite americano. Sí, un satélite espía americano que no tenía inscripción alguna que indicase su procedencia. Lo que sí estaba, era el nombre del satélite, la nomenclatura

Edo-3

, escrita verticalmente, con letras corrientes, tampoco identificables. Su forma era cónica, parecida a la de una campana, cuyo tamaño podía ser aproximadamente el de un hombre de estatura corriente.

Del aparato salían, retorcidas, algunas antenas. Estaba muy abollado, y la parte de la base, que era la que descansaba en el arenoso suelo, se veía todavía más hundida. Chester Karr hizo señas a Omar para que le ayudara a apartar más las algas, y entre los dos se dedicaron a arrancarlas hasta que el

Edo-3

quedó bien a la vista.

Entonces fue cuando Chester se dio cuenta de que realizar bajo el agua la tarea de extraer la caja negra del interior del satélite iba a presentar serias dificultades. Dificultades y riesgo. Por un lado, trabajar bajo el agua implicaba tener que recurrir a equipos especiales para este cometido. Por otro lado, aún suponiendo que pudiesen abrir la compuerta del satélite y sacar la caja negra, existía, aunque muy remoto, el riesgo de que dicha caja hubiese sufrido un deterioro que permitiese la entrada de agua, con lo que toda la película conseguida por la caja negra quedaría inutilizada.

Así pues, tras un último examen del satélite y su posición en el fondo de la playa, Chester Karr hizo señas al joven Omar para

regresar a la superficie.

Tras el conveniente tiempo de descompresión, ambos aparecieron junto a la lancha, y subieron a ésta ayudados por Kemal.

—¿Que le ha parecido, señor Karr? —preguntó Kemal cuando Chester se hubo sentado en la cubierta y escupido la boquilla del aire.

El hombre de la NASA movió la cabeza con un gesto dubitativo.

—No sé. Quizá podría hacerse abajo, Kemal. Pero no me parece prudente. Creo que debemos sacar el satélite de ahí.

—Eso puede ser muy comprometido. La caja negra será relativamente pequeña y fácil de transportar. De cualquier modo, nunca será un objeto que llame la atención, como lo llamaría el satélite, por supuesto.

—No sé. Pero como técnico enviado especialmente para este trabajo, mi decisión es que no voy a retirar la caja negra del satélite mientras éste permanezca bajo el agua.

—Muy bien —aceptó Kemal—. Es usted quien manda. Ahora dígame cómo vamos a sacar el satélite de ahí.

—Creo que la solución va a ser relativamente sencilla. Volvamos a la playa.

Kemal volvió la cabeza hacia la cercana costa y su mirada se posó, sin expresión especial alguna, en el helicóptero. Pero bruscamente sí apareció en sus negrísimos ojos una expresión especial de alegría.

—¡El helicóptero! —exclamó—. ¡Claro! ¿Cómo no se me ha ocurrido? Podemos utilizarlo para elevar el satélite, e incluso para transportarlo luego hacia la playa sin que sufra más deterioro.

—Eso es precisamente lo que yo había pensado —asintió Chester.

Regresaron a la playa y una vez allí, Chester Karr se aseguró de que la labor podía ser llevada a cabo con un mínimo de garantías.

En la lancha no había ningún cable de acero como él habría preferido, pero, ciertamente, las circunstancias no estaban para excesivas exigencias. Así pues, tuvo que dar por bueno el largo cabo que encontraron en la diminuta sala de máquinas de la lancha. La fortaleza de la cuerda fue probada por un procedimiento muy simple. Omar y Chester tiraron por un extremo, mientras el

robustísimo Kemal lo hacía por el otro. Teóricamente, si la cuerda resistía aquella tensión, debía soportar también el peso del

Edo-3

, sobre todo para un viaje tan corto como era desde el punto que sería sacado a la superficie hasta la playa.

La cuerda fue atada a un montante del helicóptero. Kemal y Omar regresaron una vez más con la lancha al punto donde el corcho seguía flotando sujeto por el cordón de nilón. Mientras tanto, Chester Karr se elevó con el helicóptero, y fue también hacia el mismo punto.

Una vez allí dejó caer el extremo libre de la cuerda, y descendió hasta que el aparato quedó suspendido a menos de cinco metros de la lancha. Alrededor de ésta, el fortísimo viento de las aspas creaba un extraño y diminuto oleaje que parecía más bien como si el mar estuviese adquiriendo pequeños rizos.

Kemal, cuyos grandes bigotazos se movían a impulsos de este mismo aire, comenzó a refunfuñar precisamente debido a esto. Omar se había lanzado ya al agua, y tras agarrar el extremo de la cuerda, se sumergió.

Cinco o seis minutos más tarde, el joven turco reaparecía en la superficie. Kemal le ayudó a subir a bordo, y apenas allí, Omar alzó la cabeza hacia el helicóptero y luego la mano derecha con el pulgar hacia arriba. Kemal estaba ya otra vez ante los mandos de la lancha, con la que, de nuevo, emprendió el regreso hacia la playa.

Mientras tanto, el helicóptero comenzaba a elevarse, lentamente, con gran cuidado. En ningún momento podía olvidar Chester Karr que aquel artefacto metálico pendía de una simple cuerda atada a una de sus anillas exteriores.

Por fin, apareció el

Edo-3

Chorreando agua, reluciente al sol, girando suavemente, lentamente, el satélite espía americano fue sacado del agua por el helicóptero que, siempre con cuidado, voló bajo el experto mandato de Chester Karr hacia la playa.

En ésta esperaban ya Kemal y Omar, fija su mirada en el objeto reluciente que se acercaba a ellos. El

Edo-3

llegó sin novedad hasta la playa. Allí, el helicóptero descendió, y los dos turcos se apresuraron a controlar el satélite de modo que dejase de girar y llegase con suavidad a la arena. En cuanto esto sucedió, Kemal miró hacia arriba y agitó los brazos sobre su cabeza; entonces, el helicóptero descendió un poco más, de modo que desapareció la tensión de la cuerda.

Y pocos segundos después, el helicóptero se posaba sobre la arena, a unos cuantos metros de los dos colaboradores turcos de la CIA y el satélite

Edo-3

•
Chester Karr saltó del helicóptero y corrió hacia el satélite.

—Ahora podemos examinarlo mejor —dijo—. ¿De qué instrumentos o herramientas disponemos para poder abrirlo, Kemal?

El turco lo miró como sorprendido.

—Recibimos una caja metálica llegada expresamente de los Estados Unidos para que fuese utilizada por usted cuando hallásemos el satélite, señor Karr. Yo había supuesto en todo momento que esa caja metálica contenía todo cuanto usted pueda precisar para abrir el

Edo-3

•
—Así es —encogió Chester Karr los hombros—. La emoción del momento me había hecho olvidar esto. De acuerdo, vaya uno de ustedes a la lancha en busca de esa caja.

—¿Lo va a abrir aquí mismo?

—Creo que es lo mejor —asintió Chester—. Ni siquiera hace falta que nos molestemos en desatarlo del helicóptero. Lo mejor es que abra la compuerta del satélite y retire la caja negra. Luego, puedo volar mar adentro y cortar la cuerda, de modo que el satélite, que ya no interesa para nada, se hundirá.

—Buena idea —exclamó Omar—. Voy yo mismo a buscar la caja.

Se volvió hacia la orilla del mar, pero apenas llegó a dar dos pasos, porque se detuvo bruscamente al oír la voz, amenazadora:

—¡Quietos! ¡Les estamos apuntando!

CAPÍTULO V

Kemal se detuvo tan en seco que estuvo a punto de perder el equilibrio hacia delante. Consiguió mantenerlo y se volvió hacia donde estaban ya mirando Omar y Chester Karr.

A poca distancia de ellos, recién aparecidos de entre la vegetación próxima a la costa, había tres hombres, cada uno de ellos sosteniendo una pistola en su diestra. Mejor dicho, sólo dos de ellos llevaban pistola. El otro sostenía con aparente desgana, pero con evidente experiencia, una pequeña metralleta automática que posiblemente podía disparar ciento veinte balas en medio minuto.

Kemal se dio cuenta de que Chester Karr le estaba mirando en clara consulta. No parecía muy asustado, pero sí preocupado, considerando que posiblemente era la primera vez que el técnico de la NASA se enfrentaba a hombres armados.

El turco de los grandes bigotes musitó, tan quedamente que éstos apenas se movieron:

—Me temo que son rusos, señor Karr.

Chester asintió, y volvió a mirar a los tres hombres. Éstos se iban acercando, con precauciones. No con esa clase de precauciones del novato o timorato que todo lo exagera, sino con las precauciones justas y bien controladas de quien se ha encontrado ya en una situación parecida anteriormente.

Pese a lo que Kemal acababa de decirle, Chester Karr preguntó, frunciendo el ceño:

—¿Quiénes son ustedes?

La respuesta no llegó de ninguno de los tres hombres. Llegó por detrás de ellos, por entre los matorrales:

—Son tres amigos míos, querido. Se llaman Píotor, Andrei e Igor. Naturalmente, son rusos.

Chester Karr, que había demostrado una considerable serenidad muy de acorde con las de Omar y Kemal, no pudo ahora evitar un fuerte respingo; una exclamación de sorpresa.

—¡Marlene! —gritó.

La hermosa pelirroja se acercó al grupo formado por los tres rusos armados que mantenían a raya a los tres prisioneros. Su larga cabellera ondeaba a la suave brisa matinal que llegaba de mar adentro.

—¡Hola, mi amor! —saludó alegremente—. Parece que estás muy sorprendido de verme.

—¿Qué significa esto, Marlene...? —musitó Chester Karr.

—Vamos, vamos, querido —rió ella—. No me digas que no eres capaz de comprender la jugada. Estoy segura que tus amigos la han comprendido perfectamente. ¿No es así, Kemal?

Marlene Kopff miró al turco bigotudo, el cual la estaba contemplando hoscamente. Kemal ni siquiera se molestó en contestar de un modo correcto a la pregunta de Marlene. Se limitó a soltar un gruñido mientras dirigía una mirada de reojo que contenía no poca censura a Chester Karr.

—¿Debo entender —musitó éste— que todo el tiempo has estado, en realidad, trabajando para los rusos?

—Es inteligente el señor Karr. ¿No os parece, camaradas?

Los tres rusos llamados Piyor, Igor y Andrei se limitaron a sonreír. Una sonrisa seca y contenida. Una sonrisa de quien no tiene el menor deseo de sonreír y que, simplemente, lo hace por cortesía. Los rusos, sencillamente, estaban por completo pendientes de los prisioneros. Todo lo demás, a ellos no les importaba en absoluto.

—Entonces, Marlene, el encuentro que tuvimos en el aeropuerto... ¿fue preparado?

—Naturalmente, mi amor. Fue una pequeña jugada que montamos en tu honor, a raíz de determinados acontecimientos.

—¿Qué acontecimientos?

—Pues a decir verdad, esta jugada del encuentro en Istanbul la habían planeado mis camaradas para utilizarla con Martin Lambert. Pero éste desapareció... y entonces nos dedicamos a vigilar a Kemal. Cuando vimos que Kemal te recibía a ti en el aeropuerto de Yesikoy pensamos que Martin Lambert había sido astutamente retirado del caso para desorientarnos, y que llegabas tú para asumir

la jefatura del grupo de la CIA en Istanbul.

—Entiendo. Pero estás muy equivocada.

—¿Equivocada? ¿Yo? ¿En qué, mi amor?

—Yo no he llegado para sustituir a Martin Lambert. Tenía que trabajar, precisamente, a sus órdenes. Y su desaparición nos tiene a todo el grupo preocupados... La verdad es que estábamos pensando que vosotros lo habíais capturado.

—¿Nosotros? —Marlene alzó las cejas en un gesto gracioso, simpático—. Te aseguro que no, querido mío. Si nosotrosuviésemos a Martin Lambert las cosas habrían rodado de otra manera; pero al desaparecer él y llegar tú, nos vimos obligados a actuar de este modo. En fin, no creo que valga la pena seguir la conversación.

—No —murmuró Chester Karr—. Ya no vale la pena que hablemos más tú y yo, Marlene. Realmente, soy un estúpido por no haber comprendido que me estaba metiendo en un nido de víboras.

—Estás hablando como un novato. ¿Qué es lo que te sorprende de todo esto, Chester?

—Me sorprende todo, precisamente porque soy un novato. Por si estás pensando que soy un espía, debo asegurarte que te equivocas. Sólo soy un simple técnico de la NASA.

Marlene abrió los ojos en un gesto que quería ser de cómica sorpresa matizada de incredulidad, pero enseguida los entornó, y se quedó mirando con gran interés a Chester.

—¿Realmente eres eso, mi amor? Magnífico. En ese caso, entiendo que estás preparado para manejar debidamente el satélite.

—Así es.

—Muy bien. Pues nos lo vas a demostrar abriéndolo y sacando el mecanismo que contiene la información filmada de su interior.

—¿Y si no lo hago? —masculló Chester Karr.

Éste se dio cuenta de la estupidez de lo que acababa de preguntar, cuando no sólo Marlene, sino los tres rusos e incluso Kemal y Omar le miraron como si se hubiese vuelto loco. La conversación, generalizada en inglés, era obviamente comprendida por todos los reunidos en aquella solitaria y agradable playa.

Agradable, al menos, hasta hacía unos minutos. Ahora tres hombres armados; tres hombres cuyos rostros y expresiones ponían de manifiesto una decisión inquebrantable, fruto de la larga

experiencia en aquellos trabajos, contemplaban fríamente a Chester Karr.

—¿Debo entender que si no obedezco nos mataréis? —preguntó Karr.

—Vamos, vamos, mi amor... No hay que dramatizar. Pero te sugiero que mantengamos la situación en un terreno amable y colabores simpáticamente con nosotros. Estoy segura de que tus amigos, que posiblemente sean más veteranos que tú en estas lides, te darán el consejo adecuado.

Chester volvió la cabeza hacia Kemal, que asintió levemente. Luego, con gesto harto expresivo, el bigotudo turco se pasó el dedo índice de la mano derecha por la garganta, de oreja a oreja. Y Chester Karr comprendió perfectamente. Si no obedecía a los agentes rusos, los tres serían eliminados.

Miró de nuevo a Marlene y musitó:

—Tenemos un equipo de herramientas en la lancha. ¿Voy a buscarlo?

—No. Tú vas a quedarte aquí en todo momento. Que vaya a buscarlo uno de tus amigos... Me parece que el buen Kemal se disponía a ir hacia la lancha. ¿No es así, Kemal?

Kemal soltó un gruñido y Marlene sonrió una vez más. Estaba sencillamente encantadora, deliciosa, y había en sus ojos una malicia llena de diversión. Para ella todo aquello parecía solamente un juego.

—Entiendo que sí —dijo Marlene—. Muy bien, vaya usted hacia la lancha y no regrese sin esas herramientas. Piotor va a acompañarle, naturalmente.

No valía la pena seguir conversando. Kemal se dirigió hacia la lancha, seguido por uno de los rusos armados con pistola. Poco después ambos desaparecían en el interior de la pequeña cabina.

Chester Karr, mientras tanto, seguía mirando con terrible fijeza a Marlene. Ésta se acercó a Omar, lo miró durante unos segundos y luego se volvió hacia el técnico de la NASA.

—Es guapo tu compañero, querido. Pero —de pronto Marlene le echó los brazos al cuello a Chester Karr—, tú sigues gustándome muchísimo más que cualquier otro hombre.

—Lo agradezco mucho —replicó secamente Chester Karr.

—Vamos, vamos... Hay que saber jugar y perder, querido. El

espionaje tiene estas pequeñas sorpresas. Yo creo que deberías aceptar esta pequeña derrota como se acepta una derrota en cualquier actividad deportiva. Las derrotas deben ser constructivas y crear un afán de superación propio... Pero nunca un rencor hacia el adversario o rival que nos ha vencido. ¿No estás de acuerdo, mi amor?

—¡Vete al demonio! —farfulló Chester.

Marlene Kopff rió deliciosamente. Luego, apretando más su cuerpo contra el de Chester Karr, besó a éste en los labios. Fue un beso breve, pero tan cálido, tan suave, tan tierno, que el americano, cuando Marlene se separó, la miró sorprendido. ¿Cómo era posible que una puerca traidora como aquélla pudiese besar a un hombre de tal modo que éste se considerase el más afortunado del mundo?

—Eres una puerca indecente —susurró.

—Y tú eres un desagradecido —rió ella.

Chester apretó los puños y dio un paso hacia Marlene... En aquel momento, procedente de la lancha, llegó el seco y ahogado estampido de un disparo.

—¡Kemal! —gritó Omar—. ¡Lo han matado, señor Karr! ¡Estos asesinos han matado a Kemal!

El muchacho hizo intención de echar a correr hacia la lancha, pero uno de los rusos, precisamente el armado con la pequeña metralleta automática, se interpuso en su camino, moviendo de modo hartamente elocuente su arma.

—¡Apártate! —gritó Omar—. ¡Apártate o te voy a...!

El muchacho estaba evidentemente alterado y asustado por la posibilidad de que aquel disparo hubiese significado el fin de la vida de Kemal. En aquel estado de ánimo no era sorprendente que estuviese dispuesto a todo.

Sólo que no pudo hacer nada.

Saltó contra el ruso de la metralleta, pero éste se limitó a apartarse hacia un lado y extender una pierna. Omar chocó contra ella, y cayó de bruces sobre la arena. Inmediatamente el ruso saltó sobre su espalda y lo controló boca abajo con su peso. Como quiera que pese a esto, Omar todavía se revolvía furiosamente, dispuesto a proseguir la lucha, el ruso encogió los hombros y descargó un tremendo culatazo en la cabeza del joven turco, que lanzó un gemido y se relajó bruscamente, quedando inmóvil.

El ruso se puso en pie y miró con gesto torvo a Chester Karr, que estaba pálido como un muerto.

—No somos asesinos, señor Karr —dijo fríamente—. Solamente somos espías. Pero si alguien se opone a que llevemos a término nuestra misión, espero que comprenda usted nuestras reacciones.

Chester Karr no contestó. Estaba mirando a Marlene, que se había acercado a Omar. La pelirroja examinó brevemente a Omar, y luego miró a Chester, haciéndole un gesto amistoso.

—No te preocupes por él. Está vivo. Pero este golpe lo mantendrá en calma durante un tiempo que todos necesitamos.

—Está bien —bajó Chester la cabeza—. Supongo que tengo que aceptar.

De pronto, Chester Karr saltó hacia el ruso de la pistola que estaba a su izquierda. El agente de la MVD no tuvo tiempo de esquivar la acometida del agente postizo de la CIA. Recibió en plena barbilla el tremendo impacto del puño derecho de Chester Karr. Un impacto tan fuerte que el ruso saltó hacia atrás, lanzando hacia el cielo su pistola, y con los pies hacia arriba.

Cayó un par de metros más allá, y mientras parecía incrustarse en la arena, Chester saltó hacia donde había caído su pistola. Pero en esta ocasión la más rápida fue Marlene Kopff, saltando hacia donde estaba el arma, apoderándose de ella y rodando por la arena alejándose de Chester Karr y privándole, por tanto, de la posibilidad de conseguir la pistola.

Chester dio unos pasos en dirección a Marlene, evidentemente dispuesto a saltar sobre ella para arrebatarle el arma, pero el ruso de la metralleta acudió a su encuentro diagonalmente, exclamando:

—¡Quédese quieto o lo acribillo!

La reacción de Chester Karr parecía verdaderamente muy impropia de un pacífico técnico electrónico. Flexionó las piernas de modo que quedó todo su cuerpo por debajo de la línea de tiro de la metralleta que empuñaba el ruso, y desde aquella posición de arrodillado saltó con todas sus fuerzas hacia el vientre del soviético, impulsado con tal fuerza que sus piernas, al distenderse, parecieron ballestas de acero.

El choque se produjo con efectos muy desfavorables para el americano.

Porque el ruso tuvo una última reacción que posiblemente

solucionó el pequeño conflicto a favor de la MVD.

Lo que hizo fue bajar la mano derecha, de modo que el culatín de la metralleta se interpuso entre su vientre y la cabeza de Chester Karr. Cabeza que impactó con fuerza contra la dureza del arma. Karr lanzó un gruñido, y cayó primero de rodillas y luego de manos, delante del soviético.

—¡Pégale fuerte, Andrei! —gritó Marlene.

El soviético, por cierto, no precisaba semejante estímulo. Utilizó de nuevo la metralleta, esta vez contra la cabeza de Chester Karr.

El cual, ya en pleno día luminoso, lleno de sol, tuvo la impresión de que estaba viendo millones de estrellitas de todos los colores, que danzaban en el interior de su cabeza. Un instante más tarde caía de bruces sobre la arena, cuyo desagradable contacto notó en los labios.

Le pareció que estuvo así ni siquiera medio segundo. Pero el hecho cierto fue que cuando abrió los ojos y se encontró tumbado cara al cielo, habían pasado casi tres minutos.

Muy cerca de él, tendido todavía boca abajo en la arena, estaba Omar. En cuanto a Kemal, no se le veía... Pero sí al ruso que había ido con él a la lancha, y que ahora estaba junto a Chester sosteniendo una pesada caja metálica de forma alargada.

Inmediatamente, vio también a los otros dos rusos y a Marlene. Ésta le contemplaba con expresión preocupada, pero al verse mirada sonrió cariñosamente.

—Bueno, parece que el golpe no ha sido nada. Como comprenderás, mi amor, sé perfectamente manejar un helicóptero, pero preferiríamos que vinieses con nosotros.

—¿Para qué...? —Gruñó Chester Karr—. Si vais a matarme no veo la necesidad de que antes me llevéis de viaje.

—Ya le dije antes —gruñó el ruso—, que nosotros no somos asesinos, señor Karr. Solamente espías. Pero nos gusta que nos obedezcan; por lo tanto, haga el favor de dirigirse al helicóptero y tomar los mandos. Marlene y yo iremos con usted.

—¿Qué ha pasado en la lancha? —murmuró Karr—. ¿Está muerto Kemal?

—No —dijo el ruso que había ido con él—. Solamente está herido de escasa importancia. Pero me atacó, y tuve que disparar. Lo creerá usted o no, señor Karr, pero lo siento. Hasta hora, los

rusos y los americanos, y por supuesto los que colaboran con uno y otro bando, nos entendíamos lo bastante bien para no llegar a estos extremos. De todos modos, cuando su amigo se recupere le dirá por sí mismo que no le estoy mintiendo.

—Basta de charla —dijo Marlene—. Pitor, ve con Igor a donde habéis dejado el coche, y regresad a la cabaña. Andrei y yo nos trasladaremos allí, con el americano, en el helicóptero.

—De acuerdo, Marlene —le miró Pitor—. Pero no te acostumbras a dar órdenes. No es ésa la parte que te corresponde.

Dicho esto, Pitor se volvió hacia el otro ruso armado con una pistola, el llamado Igor, y ambos se dirigieron hacia el interior.

Chester Karr miraba a Marlene, que había palidecido un poco y se había quedado mirando la espalda del ruso Pitor. La muchacha se dio cuenta de que Chester la estaba mirando, y tras encoger los hombros señaló hacia el helicóptero.

—¿No vamos a hacer nada por mis amigos? —preguntó Chester. Andrei le dirigió una mirada entre divertida e irritada.

—Si a usted le parece que es hacer poco dejarlos aquí con vida...

Chester Karr no encontró respuesta alguna. Se dirigió hacia el helicóptero, seguido de Marlene Kopff y el ruso Andrei, que no le perdía de vista ya ni un instante, y los tres subieron al aparato.

Poco después, éste emprendía el vuelo... Naturalmente, llevando colgado el espía satélite

Edo-3

.

CAPÍTULO VI

Realmente, el vuelo fue muy corto, y la casi totalidad del trayecto por encima de unos bosquecillos alejados de las vías de comunicación de superficie. De este modo, Andrei, que era quien indicaba la dirección a seguir, estaba seguro de que ni el helicóptero ni el

Edo-3

que colgaba de él serían vistos desde tierra por ningún automovilista.

Poco después, Andrei señalaba hacia abajo.

—Descienda junto a aquella casa, señor Karr.

Chester tardó un par de segundos en localizar la pequeña construcción. Estaba al borde de uno de aquellos bosquecillos, construida precisamente en un claro de forma ovalada, y cuyo diámetro mayor quizá tendría unos doscientos metros. Un agradable lugar para construir una casa de retiro y recreo. Sobre todo, de retiro, considerando que estaba rodeada de árboles y, por tanto, aislada del mundanal ruido.

Pocos segundos más tarde, y tras haber maniobrado de modo que el

Edo-3

se posase en el suelo sin brusquedad, Chester Karr aterrizaba a muy poca distancia del satélite. Las aspas dejaron de girar y se hizo un súbito silencio que pareció extrañamente artificial.

—De acuerdo —murmuró Andrei—. Salte, señor Karr.

Chester saltó del aparato, para encontrarse con otro hombre, evidentemente ruso, pero que no había visto hasta entonces. Debía ser el que se había quedado al cuidado de la casa. Naturalmente, empuñaba una pistola, con la que le apuntaba sin aspavientos ni

truculencias de ninguna clase.

—Supongo —sonrió el soviético—, que usted es el señor Karr.

Chester no se molestó en contestar. Volvió la cabeza para observar a Marlene, que saltaba en aquel momento del helicóptero. Tras ella lo hizo Andrei, que señaló hacia la casa.

—Camine, señor Karr. Va a ser usted nuestro huésped durante unas horas, o quizá unos minutos. Depende solamente del tiempo que tarde usted en abrir ese satélite y entregarnos su contenido... ¿Cómo le llaman ustedes?

—La caja negra —gruñó Karr.

—Entiendo. Bien, Píotor e Igor todavía tardarán unos minutos en llegar aquí con el coche. Creo que lo mejor será que vayamos hacia la casa. ¿Tomaría usted un café, señor Karr?

—¡Váyanse al demonio! —farfulló el americano.

—Desde luego, los americanos sois bien raros —lo miró sonriendo Marlene—. ¿No te das cuenta de que Andrei está intentando ser amable contigo, mi amor?

—Tú también puedes irte al demonio.

—Si no te importa, a donde voy a ir es a la casa, a desayunar algo. Esta mañana, con las prisas por avisar a mis camaradas después de tu marcha, no tuve tiempo de nada.

La burla estaba bien clara, así que Chester Karr soltó otro de sus gruñidos, mirando de reojo a la muchacha, y sin más, se dirigió hacia la casa.

Una vez en ésta, Marlene, en efecto, se dedicó a tomar café que el ruso que había permanecido allí tenía ya preparado.

—Buen café, camarada Basili... —comentó Marlene Kopff.

Éste sonrió y miró su reloj de pulsera.

—Espero que Píotor e Igor no tarden mucho en llegar.

—Claro que no —movió la cabeza Andrei—. Ya sabes que la playa que nos describió Marlene está muy cerca de aquí. Pero, naturalmente, hay una gran diferencia entre realizar el viaje en coche o en helicóptero... Supongo que la radio funciona perfectamente, Basili.

—Por supuesto que sí. ¿Quieres echarle un vistazo?

—No estaría de más —asintió Andrei—. Si conseguimos nuestro objetivo habrá que enviar un mensaje pidiendo que vengan a recoger cuanto antes la caja negra del satélite americano, para que

la lleven a Moscú. Vamos a ver esa radio.

—¿No queréis café? —propuso Marlene.

—No. Toma, vigila tú al señor Karr, Marlene.

Andrei puso en las manos de Marlene la pequeña metralleta. La muchacha la tomó, miró a Karr y encogió los hombros.

—Ya ves, mi amor. La vida cambia a cada segundo. Hace poco, apenas dos horas, dormíamos dulcemente, uno al lado del otro. Ahora, soy tu guardián.

—No entiendo tu sentido del humor —masculló Chester Karr—. Pero seguramente eso es normal en mí. Nunca me han gustado las guarradas.

Marlene se limitó a reír. Andrei señaló al americano y dijo:

—Cuidado con él. Ya sabes que no debes descuidarte ni un instante. Basili y yo volvemos inmediatamente, de todos modos.

Se dirigieron hacia el interior de la casa, dejando a Chester y Marlene solos en lo que era el recibidor-salón-comedor de la casa. La pelirroja alemana, sosteniendo firmemente la metralleta se acercó a la butaca contigua a la que ocupaba Chester, y se sentó de medio lado en uno de los brazos.

—Deberías tomar café, mi amor —insistió—. Es un buen estimulante.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Naturalmente que sí, mi amor.

—Cierra la boca. Cada vez que la abres, apesta.

La dureza de las frases de Chester Karr, evidentemente hicieron mella en Marlene que pareció recibir un trallazo. Sus ojos se desviaron un instante hacia la puerta del fondo, por la que habían desaparecido los rusos Andrei y Basili. Luego, se volvieron de nuevo hacia Chester Karr.

—Ten cuidado con lo que dices —murmuró—. Y sobre todo, no pongas nerviosos a los rusos. Es bien cierto que no son asesinos y que no tienen intención de matarte. Pero lo harán si temen, siquiera sea por un instante, que tú puedas estropearles su cometido en Istanbul. ¿Lo entiendes, Chester?

—¿Qué te pasa ahora? —Gruñó Chester—. No entiendo tu modo de hablar en estos momentos.

—¡Oh, por Dios! —Casi gimió Marlene—. Eres tonto, mi amor... ¿Es que no has comprendido que, realmente, me he enamorado de

ti?

—¡Qué hermosas palabras! —exclamó irónicamente Chester.

Marlene se acercó un poco más.

—Te estoy diciendo la verdad —susurró—. Hace algún tiempo que, de cuando en cuando, colaboro con el servicio secreto soviético, en pequeños trabajos. Me llaman, me ofrecen una buena cantidad, y a cambio de ello les presto pequeños servicios de introducción o de información. Normalmente, mi intervención es breve, pero siempre les ha resultado satisfactoria. Por eso confían en mí. Y ahora te pido que confíes tú también, Chester.

—Claro que sí. No faltaba más, mi amor. Lo que tú digas, querida.

El tono de Chester era tan nítidamente irónico que Marlene se impacientó.

—No vale la pena que discutamos —dijo, con voz apagada—. Sólo escúchame bien, Chester. No intentes nada, no hagas nada que pueda obligar a Andrei y los demás a matarte. No quieren hacerlo, insisto en ello, pero si los obligaras, lo harán. ¿Por qué crees que no te dejé agarrar la pistola? Son espías profesionales, gente que se ha jugado la vida muchas veces, y lo último que consentirán será fracasar en su misión. ¿Lo entiendes bien, mi amor?

—Perfectamente, querida mía. Y según entiendo, tú estás esperando que todo termine bien para que nosotros dos podamos seguir viviendo nuestra *love story* particular.

—Lo dices como si eso fuese un imposible.

—¿A ti te parece posible? Vamos, Marlene, piénsalo bien... Provocaste un encuentro falso a mi llegada a Istanbul. Luego, me has estado controlando y mintiendo. Y para conseguirlo, ni siquiera has vacilado en acostarte conmigo. Y ahora pretendes que yo crea que me amas, y que una vez dejemos que los rusos se vayan tranquilamente con la caja negra, aquí no ha pasado nada y tú y yo podemos seguir viviendo en un romántico y dulcísimo amor.

—¿Por qué no? —insistió Marlene—. Sería mucho peor que ellos te matasen y que, acto seguido, yo muriese de dolor por ti, Chester.

—Vamos, no digas tonterías —gruñó el americano.

—No son tonterías. Ellos se irán con la caja negra y te dejarán vivo. Yo me quedaré contigo... y podrás hacer conmigo lo que gustes.

—¿Incluso estrangularte?

—Si eso es lo que deseas, sí. Pero no hagas nada ahora, Chester, por favor. Porque si haces algo ahora, te matarán. Por favor, mi amor.

—Supongamos que todo sale como tú dices. Supongamos que los rusos se llevan la caja negra y, aceptando tu súplica, me dejan vivo aquí mismo y te dejan aquí conmigo. De acuerdo. Ya se han ido los rusos a Moscú con la caja negra... y yo estoy vivo y tú estás conmigo. ¿Qué crees que puedo yo decir cuando la CIA me pida cuentas sobre el

Edo-3

?

—¿El qué?

—El

Edo-3

. El satélite que hemos sacado del fondo de la playa. ¿Es que aún no has visto su nombre? Pero eso no importa... Dime, ¿qué le digo yo a la CIA cuando me pregunte qué ha pasado?

—Diles la verdad.

—¿La verdad? Si les digo la verdad, tendré que decirles que tú me has engañado y que has colaborado a que los rusos se lleven el

Edo-3

. ¿Crees que después de esto la CIA permitirá que tú continúes a mi lado?

—¿No? —musitó Marlene.

—Claro que no. Hay quien cree que los rusos son muy malos y los americanos muy buenos. Pero la verdad es que todos son malos. Me refiero a todos los sistemas de espionaje, sobre todo cuando se hace algo que va en contra de las conveniencias. Por lo tanto, tu pellejo no valdrá ni un centavo en cuanto la CIA sepa que gracias a tu intervención, los rusos han conseguido la caja negra del

Edo-3

. Y por supuesto, olvídate de la posibilidad de que la CIA crea que no habéis tenido nada que ver con la desaparición de Martin Lambert.

—Te juro que eso es verdad, Chester. No sabemos nada de Martin Lambert. Andrei y los demás lo estaban vigilando rutinariamente, como suelen hacer unos con otros. Ya sabes lo que

hacen los espías. Se vigilan unos a otros, pero de un modo rutinario, sin darle importancia, manteniendo un estado de cosas en sus plazas de residencia. Y así lo estaban haciendo con Martin Lambert. De pronto, Martin Lambert desapareció de la circulación, eso es todo. Y como sabían ya que un satélite espía americano había caído por aquí, y que el grupo de la CIA estaba trabajando en ello, y conocían a Kemal, decidieron vigilarlo a él. Cuando te vieron llegar a ti al aeropuerto, me dijeron que podía ganarme tu confianza, y en unos minutos, con unos cuantos colaboradores de la MVD, turcos, montaron toda aquella comedia en la que tú interviniste tan caballerosamente.

—¿Tengo que soportar que, encima, me tomes el pelo?

—No te estoy tomando el pelo, mi amor.

—Está bien. Pero explícame una cosa. ¿Quién eres tú? ¿Qué significa tu colaboración con los rusos?

—Yo soy, como ya te he dicho, Marlene Kopff. Y mi colaboración con los rusos no significa absolutamente nada. Soy lo que se puede llamar una... aventurera. Una linda aventurera que vive aceptando pequeños trabajos como éste, y que sabe aprovechar las circunstancias para conocer mundo y ahorrar unos cuantos dólares. Supongo que te estoy decepcionando, mi amor, pero no soy una de esas chicas que se encierran en una oficina o entre las cuatro paredes de un hogar durante toda la vida.

—Pues no me parece que ésta sea buena recomendación para ti, Marlene.

—Bueno... Lo que quiero decir es que desde luego, no pienso aceptar jamás ningún medio de vida que me obligue a permanecer encerrada. Claro está, nunca he probado lo de ser ama de casa con unos cuantos mocosos fastidiando todo el día. —La bellísima alemana sonrió, de pronto—. Sin embargo, ¿quién sabe, mi amor? Quizá si lo probase con el hombre adecuado, me gustaría.

—Y naturalmente, ese hombre soy yo, ¿no es así?

—Podrías serlo. No lo sabremos hasta que lo probemos, Chester.

—Tengo la impresión de que estás loca como una cabra. En lo que a mí respecta...

—Sssst... —siseó Marlene, llevándose un dedito a los labios.

Evidentemente, su oído era mucho más fino que el de Chester Karr. Éste calló y miró hacia la puerta del fondo, por la que al poco

aparecieron Andrei y Basili, conversando en ruso. Motivo por el cual, Chester Karr no entendió una sola palabra, si bien interpretó, por la satisfecha expresión de ambos espías, que las cosas en cuanto a la radio se referían, estaban a gusto de ellos.

Andrei miró a Marlene y preguntó amablemente:

—¿Algún problema con el americano, Marlene?

—De ninguna manera —negó la pelirroja—. Estábamos conversando, yo diría que en un tono incluso cariñoso.

—Estupendo —sonrió Andrei—. Seguir así. Nosotros vamos a echar un vistazo a ese satélite. Me extraña que no estén aquí ya Píotor e Igor. Supongo que no les habrá ocurrido ningún accidente.

—No es probable —negó Marlene—. Lo absurdo sería que ellos no hubiesen conducido con las debidas precauciones. No está ninguno de nosotros en situación de complicarse la vida, ni mucho menos.

—Tienes razón. Bien, vamos a echar un vistazo... ¡Me parece que ahí llegan!

Tras la exclamación de alivio, Andrei quedó silencioso y los demás permanecieron también en silencio; y, en efecto, enseguida oyeron el motor de un automóvil que se iba acercando.

A los pocos segundos, el zumbido del motor se oía ya con mayor claridad y muy cerca de la cabaña. Un instante después se detenía a poca distancia de ésta, y casi enseguida dejaron de oírlo.

—Ahí están —dijo Basili, que se había acercado a una de las abiertas ventanas—. Ya veo a Píotor e Igor.

—Muy bien, señor Karr —miró Andrei a Chester—. Me parece que va a tener usted un poco de trabajo. ¿Podemos contar con que será usted lo bastante inteligente para no creer que nosotros somos imbéciles?

—¿Qué quiere decir? —Frunció el ceño Chester.

—Que queremos esa caja negra íntegra y en buenas condiciones. ¿Comprende?

—Sí —masculó el americano.

—Muy bien. En ese caso, puesto que ya tenemos aquí a Píotor e Igor con la caja de herramientas que...

Andrei no dijo nada más; y si hubiese dicho algo más, posiblemente ninguno le habría oído, porque con toda seguridad su voz no era tan poderosa como las ráfagas de disparos que sonaron

en el exterior.

Y casi más poderosas, más fuertes, más audibles que las ráfagas, llegaron al interior de la casa los gritos, los alaridos de dolor de los espías soviéticos Igor y Píotor.

CAPÍTULO VII

El sobresalto fue terrible en los cuatro ocupantes de la casa.

Basili retrocedió con un salto tan poderoso que perdió el equilibrio y cayó sentado al suelo. Cuando los otros tres, todavía desconcertados y sobresaltados, lo miraron, constataron la terrible palidez del rostro del soviético.

—¿Qué ha pasado? —gritó Andrei—. ¿Por qué han disparado Píotor e Igor, Basili?

—No..., no han sido ellos, Andrei... ¡Los han acribillado!

Andrei lanzó una exclamación y corrió hacia la ventana desde la cual Basili había asistido a la pequeña masacre protagonizada en el exterior.

Pero apenas hubo asomado Andrei la cabeza por un lado de la ventana, cuando en el exterior sonó otra ráfaga de disparos y el soviético se echó hacia atrás velozmente, quedando también sentado en el suelo.

Mientras tanto, un diluvio de balas entraba en la casa, destrozándolo todo a la altura de la ventana.

—¡Al suelo! —gritó Marlene—. ¡Tírate al suelo, Chester!

El americano no se hizo repetir la indicación. Desde la butaca se tiró de bruces al suelo, yendo a caer junto a la alemana, que miraba con expresión desorbitada hacia la ventana.

—¿Los has visto? —gritó Basili—. ¿Los has visto, Andrei?

—No. No me han dado tiempo a ver nada. ¿Quiénes son? ¿Quiénes están disparando, Basili?

—No he podido verlos. Sólo he visto a Píotor e Igor que eran despedazados por las balas. Parecían... parecían como grandes muñecos de jugo de tomate y que los pinchaban por todas partes...

—No es posible —masculló Andrei—. No puedo creer que hayan

asesinado de ese modo a nuestros dos camaradas.

Andrei se deslizó hacia el pie de la ventana y esta vez se asomó con infinitas precauciones. Lo hizo por el ángulo inferior izquierdo, y muy rápidamente. Su vistazo duró posiblemente menos de un segundo... Pero cuando volvió a sentarse apoyando la espalda en la pared, estaba lívido como un muerto... Y una nueva andanada de balas penetraba por la ventana y rebotaba contra la pared del fondo.

—¿Los has visto? —preguntó Basili.

Andrei no contestó con palabras. Se limitó a asentir con la cabeza. Luego, su mirada se dirigió como en un brusco salto hacia el agente de la NASA.

—Han sido los americanos —dijo, con voz ronca—. ¡Han tenido que ser los americanos!

Chester Karr iba a decir que no, pero, realmente, sentía la boca seca. A su lado, Marlene Kopff movió negativamente la cabeza, y pese a que estaba tan asustada como Karr y como todos, pudo negar:

—No... No, Andrei... Los americanos tampoco harían eso. Al fin y al cabo, ellos tienen...

Tampoco Marlene pudo continuar hablando, porque ahora la andanada de balas fue más nutrida. No sólo por la ventana de aquel lado que estaba abierta, sino también por la otra, la de la izquierda, que permanecía cerrada. En esta ventana, los cristales saltaron en mil pedazos, que relucieron a la luz del sol que entraba en la casa. Las dos ventanas parecían haberse convertido en el blanco, en el objetivo de cientos de balas.

Y mientras el americano, la alemana y los dos rusos permanecían acurrucados como podían en el suelo, como queriendo fundirse con éste, para escapar al diluvio de balas, un nuevo sonido llegó hasta ellos.

El sonido del motor del helicóptero.

Andrei alzó vivamente la cabeza y exclamó:

—¡Se llevan el satélite!

Basili lanzó una horrenda maldición en ruso, y poniéndose de rodillas, sacó su pistola.

—¡Les voy a...!

—Quietos, Basili —ordenó Andrei—. Si cualquiera de nosotros

vuelve a asomar la cabeza por la ventana, nos la reventarán a balazos. Yo creo que hay un sistema mejor para intentar impedir eso.

—¿Qué sistema?

La mirada de Andrei se volvió hacia Chester Karr, y el ruso ya no hacía el menor esfuerzo por mostrarse amable en absoluto.

—Señor Karr —dijo, fríamente—, le sugiero a usted que se asome por esa ventana y les diga a sus compañeros de la CIA que si se llevan el satélite, lo siguiente que tendrán que hacer es pasar a recoger su cabeza.

—¡No son de la CIA! —exclamó Karr—. No pueden serlo...

—Lo que usted piense, señor Karr, es una cosa, y la realidad es otra. No va a decirme a mí lo que un servicio de espionaje puede o no puede hacer. Por lo tanto, vaya usted a la ventana y convenza a sus compañeros de que salten del helicóptero y desistan de llevarse el satélite. Le sugiero que se dé prisa. Unos pocos segundos más, y ya no podrá usted hacer nada.

—¡No pienso hacerlo! —gritó Karr—. Si asomo la cabeza, me la despedazarán a balazos, porque sé que éstos no son americanos.

Andrei se acercó rápidamente a la muy inquieta y turbada Marlene, y le arrebató la pequeña metralleta de un manotazo, apuntándola inmediatamente hacia Chester.

—Tiene usted solamente dos segundos para decidirse, señor Karr. Uno...

Marlene lanzó un alarido, y saltó hacia Andrei. Justo en ese momento, posiblemente el soviético contaba su segundo dos, y puesto que realmente Chester Karr no había tenido tiempo de reaccionar en un sentido u otro, el ruso apretaba el disparador de su arma.

Marlene Kopff lanzó un alarido cuando la primera de las balas acertó su cuerpo. La muchacha giró sobre sí misma y cayó un par de metros más allá, de rodillas.

Las otras balas rebotaron contra el suelo, y terminada la breve ráfaga, Andrei se quedó contemplando, estupefacto, a la alemana.

—¡Marlene! —exclamó—. ¿Por qué te has interpuesto...?

Chester Karr estaba ya en el aire.

Y su ataque sorprendió realmente al ruso Andrei. El primer golpe que recibió de éste fue un rodillazo tan bestial entre las ingles

que, prácticamente, la pelea quedó decidida allí. La metralleta saltó de las manos de Andrei, que las llevó hacia las ingles mientras instintivamente se encogía. Y en esa postura estaba, encogido, cuando Chester Karr disparaba su puño derecho. El golpe acertó de lleno a Andrei en la barbilla, que crujió con seco sonido, y el ruso salió disparado hacia atrás.

Afuera, habían dejado de disparar contra la casa. Ahora solamente se oía el rumor del helicóptero que se iba alejando y, dentro de la casa, el jadeo de Chester Karr y los gruñidos o gemidos de dolor de Andrei.

Y también la tensa y furiosa voz de Basili:

—¡Maldito americano! —exclamó en ruso—. Ya dije yo, desde un principio, que no debíamos tener contemplaciones. ¡Ahora verás!

Chester saltó hacia el suelo y hacia adelante, no con intenciones de acercarse a Andrei para proseguir la pelea, sino buscando escapar a lo que en un instante comprendió que era inminente: los disparos de la pistola de Basili.

Pero también Marlene había comprendido la inminencia del ataque del ruso contra el americano, y su reacción fue la más rápida de todas. Recogió la metralleta de Andrei, la apuntó a Basili, y apretó el disparador.

Basili comenzó a gritar al recibir las balas en el cuerpo. Y la fuerza de éstas era tal que obligaron al ruso a ponerse en pie, como si estuviese sujeto por unas cuerdas y alguien tirase de ellas desde el techo. Ya al recibir los primeros balazos la pistola escapó de la mano de Basili, que retrocedió a trompicones mientras iba recibiendo los sucesivos plomos que disparaba Marlene Kopff.

Hasta que ésta dejó de disparar y se quedó mirando con expresión desorbitada el cadáver del soviético, que había quedado como adherido a la pared. Completamente salpicado de puntos sangrientos, con los ojos en blanco como si fuesen dos grandes y extraordinarios huevos, Basili permaneció allí como clavado a la pared todavía dos o tres segundos. De pronto, como si fuese un poste rígido, cayó hacia adelante.

El sonido de su cuerpo contra el suelo fue quizá lo que acabó de despejar a Andrei, que estaba ahora arrodillado y sacudiendo la cabeza como si con ese gesto pudiese desprender el golpe que segundos antes le había propinado Chester Karr.

Éste, por su parte, todavía de rodillas a muy poca distancia de Andrei, tenía vuelta la cabeza hacia Basili, al que, igual que Marlene, contemplaba con ojos desorbitados, con expresión aterrada.

El americano y la alemana estaban tan sobrecogidos por lo que acababa de suceder, por el horrendo espectáculo del cadáver de Basili, que ninguno de ellos hubiese podido ya contener la acción de Andrei.

Éste saltó hacia la pistola que había escapado de la mano de Basili... pero al hacerlo se irguió demasiado, y durante un segundo su cuerpo pasó por delante de la ventana.

Entonces, desde el exterior volvieron a disparar.

Y acertado de lleno por la ráfaga, Andrei fue arrancado del suelo y, como un muñeco, arrojado sobre el sofá del centro del salón. Cayó en éste de bruces, rebotó, dio una vuelta en el aire, y cayó por fin al suelo, quedando cara al techo.

Ya no se oía el helicóptero.

Y en el súbito silencio que se hizo después de la última ráfaga disparada desde el exterior, todavía pudo oírse el ronco gemido de Andrei, cuyos ojos fijos en el techo parecieron convertirse de pronto en cristal.

Un segundo de silencio.

Dos segundos.

Tres, cuatro, cinco, seis...

—¡Dios mío! —gimió, de pronto, Marlene.

Soltó la metralleta y se llevó las manos a la cara. Chester parpadeó, miró la metralleta y luego a la pelirroja. Se puso en pie, fue hacia ella, y, agarrándola de un brazo, la obligó a colocarse por completo fuera de posibles sucesivas ráfagas disparadas desde el exterior. Los dos arrodillados y a salvo, en el suelo, Marlene comenzó a sollozar fuertemente, y Chester Karr la abrazó por los hombros, apretándola contra su pecho.

Quiso decirle a Marlene algunas palabras de consuelo, pero su garganta, realmente, estaba seca por completo. No podía pronunciar una sola palabra, pero sí podía pensar... y sus pensamientos se apartaron de todo aquel horror que los rodeaba para concentrarse en un punto preciso y que ahora estaba muy claro: Marlene Kopff estaba herida en un costado, precisamente por haberse interpuesto

entre él y Andrei, cuando éste se disponía a matarlo.

Es decir, que ella, Marlene, había sido sincera con él. Lo amaba.

¿O quizá la alemana había perseguido algún otro objetivo con su actitud? Este pensamiento le pareció a Chester Karr tremendamente injusto por su parte. Apartó un poco a Marlene y la ayudó a tenderse en el suelo, colocándola boca arriba.

El silencio era, ahora, absoluto.

—No te muevas —musitó—. Lo primero que hay que hacer es examinar tu herida...

Marlene Kopff no se movió. No dijo nada. Simplemente, con sus bellísimos ojos inundados de lágrimas, se quedó mirando a Chester Karr. No lo veía muy bien, así que parpadeó, y las lágrimas acabaron de desprenderse y se deslizaron por los lados del rostro. Mientras tanto, Chester Karr había rasgado el vestido de la muchacha y contemplaba el aparatoso destrozo ocasionado por la única bala que había atravesado el costado derecho.

Movió un poco el cuerpo de Marlene y vio que hacia la espalda estaba el boquete de salida. Bien, no era poco que la bala hubiese salido. Así, pues, por el momento, como emergencia convenía colocar algún apósito en los boquetes de entrada y salida, de modo que Marlene no perdiera más sangre.

—No te muevas. Voy a ver si dentro de la casa encuentro algo que pueda servir para vendarte. Y no te preocupes. Escaparás de ésta.

Inclinado, Chester Karr se dirigió hacia la puerta del fondo, y localizó muy pronto el cuarto de baño. En él había, entre otras cosas, un pequeño botiquín para curas de urgencia, y el americano se apresuró a requisarlo. No encontró vendas, pero comprendió que este problema era de menor importancia, muy fácil de solucionar. Lo hizo entrando en uno de los dormitorios y cogiendo una de las sábanas, que encontró en el armario. Con esto regresó junto a Marlene Kopff, dispuesto ante todo a atender la herida... Una herida cuyo significado estaba bien claro para Chester Karr. Si Marlene Kopff no hubiese recibido aquella herida, él habría recibido una ráfaga de metralleta que habría acabado con su vida.

Rodeados de un gran silencio, los dos permanecieron asimismo silenciosos mientras Chester Karr efectuaba la cura. Marlene Kopff se encogió, se estremeció un par de veces, pero no dijo nada. Ni un

solo gemido brotó de su boca. Por su parte, Chester Karr evitaba mirar el pálido rostro de la muchacha.

Había momentos en que le parecía que su cabeza le daba vueltas. Vueltas vertiginosas que arrojaban fuera todos los pensamientos, menos uno: Marlene Kopff, ciertamente, había demostrado amarle.

Para vendar debidamente la herida, Chester tuvo que arrancar a jirones la blusa de Marlene, de tal modo que, cuando la cura terminó, ésta llevaba solamente los diminutos sujetadores negros. Y la venda. Un vendaje tosco, pero sólido, y lo bastante bien colocado para que durante bastante tiempo no hubiese temor a hemorragia. De todos modos, por supuesto, convenía llevar a la muchacha a donde pudiese ser atendida por un médico.

Todo esto, suponiendo que les permitieran salir de aquella casa.

Se disponía a separarse de ella, pero la muchacha le asió por un brazo y tiró suavemente de él.

—Chester...

—Dime.

—Te amo...

Chester Karr se mordió los labios. Asintió con la cabeza, se desprendió suavemente de la mano de Marlene Kopff y se dirigió, siempre inclinado, hacia donde yacía la metralleta de Andrei. Con ella en las manos se deslizó hasta debajo de la ventana. Se sentó allí, con la espalda pegada a la pared, y dirigió un vistazo en torno, contemplando los terribles destrozos causados por las ráfagas de balas que habían entrado en la casa. Era realmente un milagro que no hubiesen sido alcanzados por las balas.

¿Y bien? ¿Qué podía hacer? Se le estaba ocurriendo que quizá la solución sería muy sencilla. Pero la sencillez de esa solución implicaba que los hombres que habían descuartizado a balazos en el exterior a Píotor e Igor, y luego a Andrei dentro de la casa cuando éste pasó ante la ventana, eran americanos.

Idea que no complacía en absoluto a Chester Karr. Pero, en efecto, había que aceptar siempre la realidad de las cosas. Y si la realidad era que los hombres que había fuera eran americanos, él no tenía por qué complicarse más la vida.

Así que tras incorporarse quedó a un lado de la ventana y gritó:

—¡Soy Chester Karr, pueden ustedes venir, todo ha terminado

aquí dentro!

Silencio.

Silencio absoluto.

Afuera no se oía nada. Ni una voz, ni un sonido, ni unas pisadas, ni un disparo... El silencio era tan compacto como sin duda habría deseado la persona que se hizo construir una casa en aquel paraje.

—¿No me oyen? —gritó de nuevo Chester Karr—. ¡Soy Karr, de la NASA! ¡Todo está bien aquí, pueden venir!

De nuevo el silencio.

Chester Karr se dijo que no podía permitir que aquella situación se prolongase indefinidamente, sobre todo teniendo en cuenta que Marlene Kopff precisaba cuidados que no debían demorarse en exceso. Así pues, optó por afrontar la situación de un modo directo.

Se dirigió hacia la puerta de la casa y la abrió.

No ocurrió nada.

No sonaron disparos. Chester quedó a un lado de la abierta puerta, en tensa espera, mas los segundos fueron transcurriendo sin que nada ocurriese. Por fin, ya decidido del todo, el americano apareció en el umbral, y de un rápido salto se colocó en el exterior de la casa. Tampoco ocurrió nada.

Pero desde donde estaba, como paralizado, Chester Karr veía los cuerpos grotescamente retorcidos y salpicados de sangre de los soviéticos Igor y Píotor, junto al coche que mostraba también las abolladuras de numerosos balazos.

Estuvo contemplándoles unos segundos. Luego dio dos o tres pasos, alejándose más de la casa, como un insensato que quisiera comprobar en su propia carne la existencia de unos enemigos. Mas, efectivamente, no había ya enemigos en los alrededores. Había que comprender que mientras unos se alejaban en el helicóptero, otros habían permanecido en tierra precisamente solo con el objetivo de cubrir la retirada de quien se encargaba de llegar al helicóptero y alejarse con él. Una vez cumplida esta misión de cobertura, también los que habían quedado en tierra se habían alejado de la casa. Y, naturalmente, disponían para ello de un medio de transporte que era el que debían haber utilizado para llegar hasta allí.

Charles Karr volvió al interior de la casa y se arrodilló junto a Marlene.

—Voy a llevarte en brazos al coche. Parece que no queda nadie

por estos alrededores. Y lo mejor será que te vea un médico.

—Lo que tú quieras, mi amor.

—No me llames *mi amor* —gruñó Chester—. Llámame *imbécil*.

—No debes reprocharte tu desconfianza hacia mí —sonrió levemente la muchacha—. A fin de cuentas, estaba plenamente justificada. Todo lo que te dije era y es verdad, Chester. Sólo soy esto. Una alocada aventurera que lleva algún tiempo dedicándose a pequeños asuntos que le permiten llevar una vida independiente y arriesgada. Pero quizá sí, quizá me guste alguna vez tener un montón de niños...

—No me parece un momento adecuado para hablar de eso —gruñó Chester Karr.

Alzó en brazos a Marlene, y se dirigió hacia el coche. Afortunadamente, la herida de la alemana no había interesado ningún punto vital. Seguramente, había roto un par de costillas, pero esto no era peligroso en modo alguno. Pudo colocarla en el asiento contiguo al del conductor, y se colocó él al volante. Sólo faltaba comprobar si el coche funcionaba o había sido estropeado por algún balazo.

Funcionaba.

Y segundos después, Chester Karr se alejaba de aquel lugar, dejando tras él cuatro cadáveres... y sin tener la menor idea de quién se había llevado el helicóptero de Marlene y la caja negra que, en definitiva, era lo que realmente interesaba del satélite espía

Edo-3

* * *

Ni siquiera necesitó las indicaciones de Marlene para encontrar el camino de regreso hacia la playa donde habían dejado al joven y bello Omar. Detuvo el coche en un camino que arrancaba de la carretera y que terminaba al borde de la vegetación, tras la cual ya se veía el azul del mar.

—Volveré enseguida —aseguró Chester.

Salió del coche, cruzó la línea de matorrales y árboles, y apareció en la linde. Por supuesto, Omar ya no estaba donde lo habían visto la última vez.

Pero sí estaba bien a la vista la lancha de Kemal, en el mismo

sitio.

Desconcertado, Chester Karr se quedó mirándola. Pero su desconcierto duró muy poco, ya que enseguida apareció en la cubierta Omar, haciéndole señas con el brazo.

—¡Señor Karr! —Le llegó a éste, la voz del muchacho—. ¡Venga aquí! ¡Pronto!

Chester corrió hacia la playa, se metió en el agua y segundos después estaba a bordo de la lancha.

—¿Está usted bien? —exclamó el sorprendido Omar—. ¿Ha podido escapar de los rusos?

—Ya te lo explicaré luego, Omar. ¿Cómo está Kemal?

—¡Oh, está bastante bien! Me he dedicado a contener la hemorragia y ahora me disponía a llevarlo a Istanbul. Es decir, al embarcadero. Creo que lo más conveniente sería llevar la lancha allí y entonces llamar a un médico. Conozco a uno amigo nuestro que no tendrá inconveniente en acudir a nuestra llamada.

—Estupendo. Y digo estupendo porque, además de Kemal, tenemos otro herido, Omar. Pero ante todo, vamos a ver si es cierto que Kemal está en buenas condiciones.

Chester Karr se introdujo en el reducido interior de la lancha. Tendido en la litera inferior, el bigotudo Kemal abrió mucho los ojos cuando vio al americano inclinarse sobre él.

—¡Señor Karr! —exclamó—. ¡Pero Omar me dijo que se lo habían llevado a usted los rusos, y temíamos que lo hubieran matado!

—Pues no ha sido así. ¿Cómo está, Kemal?

—Bueno... el tipo aquel me metió una bala en el cuerpo y creo que eso no le sienta bien a nadie. De todos modos, me lo merecía, porque intenté sorprenderlo. ¿Usted no está herido?

—No, no. La verdad es que no sé cómo estoy, pero de momento puedo seguir funcionando. Me dice Omar que conocen ustedes un médico de confianza.

—Así es. Y lo bastante hábil para sacarme la bala que tengo en el cuerpo. No quiero resultarle muy molesto, señor Karr, pero cuanto antes vayamos mejor. Estoy intentando mantenerme consciente y simpático para no asustar a mi bello Omar, pero la verdad es que estoy empezando a sentir fiebre y escalofríos.

—Tranquilícese. Voy a buscar a Marlene al coche y partiremos

enseguida hacia Istanbul.

—¿Marlene? ¿Se refiere usted a la alemana traidora?

—Es un poco largo de contar. Y primero es lo primero, Kemal. Luego, mientras Omar conduce la lancha hacia Istanbul, le pondré al corriente de todo... si es que continúa en condiciones de escucharme.

—Lo intentaré —gruñó Kemal—. ¡Vaya si lo intentaré...!

Chester regresó al coche donde esperaba Marlene. La muchacha parecía un poco adormilada y el técnico de la NASA comprendió que aunque la herida no tenía gravedad alguna, sí era digna de ser tomada en cuenta. La somnolencia de la muchacha podía ser debida también, como la de Kemal, a un poco de fiebre que podía complicar las cosas.

—Omar y Kemal están bien —dijo Chester—. Voy a llevarte a la lancha y partiremos hacia Istanbul, donde un médico os atenderá a ti y a Kemal.

—Sí, mi amor —dijo Marlene Kopff, casi inaudiblemente.

Chester Karr se pasó la lengua por los labios, que cada vez le parecían más resacos, como de madera.

Luego, sacó del coche a Marlene Kopff, y con ella en brazos emprendió una vez más el regreso hacia la lancha del bigotudo Kemal.

CAPÍTULO VIII

Debían ser las seis y media de la tarde cuando Chester Karr terminó de ducharse en el cuarto de baño de su habitación en el *Hotel Hilton*.

Salió de la bañera y comenzó a secarse. Pese a que aparentemente todo estaba discurriendo por cauces aceptables, no se sentía ni muchísimo menos satisfecho.

Por un lado, ciertamente, Omar había ido a buscar un médico en cuanto llegaron a Istanbul. Y el médico había atendido debidamente a Kemal y a Marlene, asegurando que ninguna de las heridas era motivo de grave preocupación. Marlene había sido instalada en la litera superior, y Kemal permaneció en la inferior. Tras ser atendidos por el médico, éste se había marchado asegurando que volvería hacia las diez de la noche, después de cenar, para echar un vistazo a ambos heridos y cambiarles los vendajes.

Omar se había quedado en la lancha, por supuesto, atendiendo a Marlene y Kemal, atento a una posible llamada por radio de Martin Lambert o cualquier otro agente de la CIA.

En cuanto a Chester Karr, había decidido ir al hotel a cambiarse de ropa y, en el fondo, con la esperanza de que en la conserjería hubiera algún recado para él de Martin Lambert, o de alguno de sus hombres americanos que pudiese darle noticias sobre el paradero del jefe de la CIA en Istanbul.

Pero, en el hotel, ningún recado esperaba al señor Chester Albert Karr. Con lo cual, unido a la pérdida del satélite y, consiguientemente, de la caja negra que contenía, no era precisamente motivo para que el técnico de la NASA se sintiese satisfecho de su labor.

Pero a fin de cuentas la culpa no era de él.

¿A quién se le ocurre enviar para un trabajo como aquél, en el

que se asesinan hombres a mansalva, a un simple técnico aeronáutico?

Todo esto lo estaba meditando Chester Karr en el cuarto de baño mientras se secaba, cuando sonó la llamada en la puerta de su habitación.

El americano volvió la cabeza, como si desde allí pudiese ver la puerta. Como no era así, optó por envolverse la toalla a la cintura y salir del cuarto de baño. Luego, ya un tanto picaresco y mosqueado por los acontecimientos, se procuró la pistola que había requisado en la casa del bosquecillo, y fue a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó, empuñando la pistola.

—¿Señor Karr? —preguntó una voz desconocida—. ¿Señor Chester Karr?

—Sí. ¿Quién es usted y qué desea?

—Mi nombre es Wu Pei, señor Karr. Puedo darle noticias del señor Lambert.

Chester Karr abrió la puerta y preguntó:

—¿Le envía a usted Martin Lambert?

Wu Pei era delgado, menudo, con abundante cabello negrísimo; vestía muy correctamente, a la europea. Al oír la pregunta sonrió pasando de la amabilidad a la diversión. Al menos, eso le pareció a Chester.

—En cierto modo, sí, me envía el señor Lambert... —admitió el chino—. Creo que hablaríamos mejor dentro de la habitación.

Chester se apartó. Wu Pei entró, y el americano, tras cerrar la puerta rápidamente, lo asió por la ropa del cuello, y lo obligó a ponerse cara a la pared. Pasó las manos por el cuerpo del chino, que parecía una estatua, tal era su inmovilidad. No encontró arma alguna. Solo, como artículo interesante, una pequeña radio de bolsillo. O lo parecía. Tras contemplarla en silencio, Chester preguntó:

—¿Está comunicado con Lambert por medio de esto?

—Señor Karr, creo que ahorraríamos tiempo si usted me permite explicarme, en lugar de hacerme preguntas... desenfocadas.

—Explíquese —gruñó Chester.

—Muy bien. Martin Lambert es mi prisionero. En estos momentos está bien, aunque un poco... deteriorado. Considero honradamente que todavía podría disfrutar de unos cuantos años de

vida. Y esto, así como la supervivencia de otros amigos de usted, depende exclusivamente de su actitud.

—¿A qué amigos se refiere? —Palideció Chester.

—Son dos turcos y una muchacha pelirroja, creo que alemana. Igual que sucede con el señor Lambert, están en mi poder.

—Usted está loco.

—El señor Lambert ya hace días que está... invitado en uno de mis pequeños escondrijos. Mis hombres y yo lo escamoteamos hábilmente a la vigilancia de los rusos. Por cierto que, aprovechando la circunstancia, entramos en conocimiento del escondrijo de los soviéticos... Usted ya sabe a cuál me refiero: la cabaña rodeada de árboles, relativamente cerca de cierta playa.

—¿Han sido ustedes quienes han ametrallado a los rusos, y quienes se han llevado el helicóptero, y quienes nos tirotearon a todos los que estábamos en la casa?

—En efecto. Hemos sabido aprovechar nuestra ventajosa situación de... invisibilidad, para mantenerlos vigilados a todos ustedes. Siempre, partiendo de las informaciones que nos facilitó el señor Lambert.

—No es cierto que Lambert les haya dicho nada. Eso sería una traición.

Wu Pei miró, estupefacto, al agente de la NASA.

—Es usted realmente extraordinario, señor Karr. Bueno, el señor Lambert ya nos dijo que el hombre que llegaría no era un espía, sino un técnico electrónico, pero, claro, no queríamos creerlo. Y me parece que deberemos creerlo, al fin. Le explicaré la cosa de un modo que a usted, posiblemente, no se le ha ocurrido: el señor Lambert no es un traidor, es solamente un hombre que ha sido sometido a... determinadas presiones que ningún ser humano conseguiría soportar. No debemos ser demasiado severos con él ni criticarle que haya cedido a esas presiones. No sé si me comprende.

—Lo han torturado —musitó Chester.

—Señor Karr, los tiempos cambian: ahora se dice que tal o cual persona ha sido sometida a la presión adecuada. Pero vamos a dejarnos de tonterías. El tiempo es oro. Mire, para que usted lo entienda de una vez para todas: gracias al señor Lambert hemos sabido todo lo que nos interesaba, empezando por la caída del

Edo-3

, que como usted ya sabe, obra en nuestro poder. También tenemos la caja de herramientas que los dos rusos llevaban en el coche... Lamentablemente, no sabemos cómo abrir ese satélite sin que exista el riesgo de una avería que echase a perder todo el trabajo. Por fin, nos hemos dicho que quizá el señor Lambert tenía razón, y que usted era sólo un técnico que podía resolvernos el problema. Así que hemos ido primero a buscarlo a la lancha de Kemal... Pero usted no estaba allí. Un joven muy inteligente llamado Omar, nos ha dicho dónde podría encontrarle a usted.

—¿Usted ha estado en la lancha?

Wu Pei suspiró, como fatigado.

—Debería usted haber entendido ya que tenemos también prisioneros a sus amigos Kemal, Omar, y a la joven alemana.

—No es cierto.

—Lo es. Y ahora escúcheme con atención: usted vendrá conmigo, en mi coche, al lugar donde está el

Edo-3

, lo abriré, sacaremos su contenido, y uno de mis hombres partirá inmediatamente hacia China con toda la información que contenga la caja negra. Veinticuatro horas más tarde, usted, el señor Lambert, y los prisioneros de la lancha, serán puestos en libertad. Nosotros, simplemente, sólo queremos que el contenido del

Edo-3

no llegue ni a Washington ni a Moscú.

—¿Y para ello asesinaron a los rusos y nos estuvieron tiroteando como si fuésemos alimañas salvajes...?

—Usted es todo un personaje pintoresco, señor Karr. ¡Claro que lo hicimos por eso! Pensábamos que teniendo el satélite ya estaba todo terminado, pero ahora tememos no saber manejarlo, así que le he venido a buscar a usted.

—¿Y si me niego?

—Bueno, es evidente que nosotros no podemos enviar el

Edo-3

a China, ya que sería demasiado visto y tendríamos no pocas dificultades. Pero tengo la esperanza de que usted querrá, ante todo, que sus cuatro amigos, y usted mismo, continúen con vida.

—No se atreverían a matarnos... Y no creo que tengan prisioneros a Kemal y a Omar.

—Y a la joven alemana. Esa radio de bolsillo puede comunicarle a usted con un compañero mío que he dejado en la lancha, vigilando a los tres. Seguramente, si llama podrá conversar con la mujer. ¿Me permite que yo mismo le facilite el contacto?

Chester Karr vaciló, pero acabó por devolver la radio al espía chino. Éste efectuó una llamada, a la que obtuvo inmediata respuesta. Segundos más tarde, la voz de Marlene Kopff sonaba en el pequeño aparato:

—Chester... Chester, ¿me estás oyendo?

—Sí —musitó Karr.

—Hay un chino aquí, amenazándonos a Omar, Kemal y a mí. Vinieron tres, y nos sorprendieron. Sólo ha quedado uno. Los otros dos han ido a por ti, después de obligar a Omar a decirles dónde estabas.

—¿Estáis bien, Marlene?

—Sí... Por ahora, sí. Pero si no haces lo que...

Wu Pei cerró la radio y la guardó. Miró con aquella amabilidad que ahora le parecía ironía a Chester, y señaló hacia la puerta.

—Mi oferta sigue en pie: las vidas de ustedes cinco a cambio de que me extraiga sin percance alguno la caja negra del interior del

Edo-3

. ¿Sí o no, señor Karr?

Chester Karr sentía un extraño vacío helado en el estómago, mirando aquellos negrísimos ojos entornados. Y al mismo tiempo, sentía una ira calmada, bien controlada, que parecía poner fuego en sus sienes, que latían con tremenda fuerza. Tenía ante él al hombre que había dirigido la captura y tortura de Martin Lambert, y que, utilizando los informes obtenidos a la fuerza de éste, había estado controlando a Kemal y al grupo de amigos de la CIA, así como a los rusos. Partiendo de Lambert, Wu Pei había estado controlando la situación mejor que nadie, desde las sombras. Sólo había intervenido en el momento en que le había parecido que podía hacerlo sin riesgos para apoderarse del

Edo-3

. Y había intervenido matando... y seguramente seguiría matando.

Porque, en efecto, él, Chester Karr, no era un espía experimentado, pero tampoco era un cretino. Sabía positivamente que en cuanto él hubiese sacado la caja negra del

Edo-3

, Wu Pei se apresuraría a matarlo.

Y mataría también ya por fin a Lambert, a Omar, a Kemal... y a Marlene.

—Sí... —murmuró—. La oferta me parece conveniente, tanto para usted como para nosotros. Acepto.

—Magnífico. Tengo el coche abajo. Vístase e iremos al lugar donde tenemos al señor Lambert... y el

Edo-3

, claro. Si se apresura usted, podemos estar allí antes de que anochezca.

* * *

El chino que conducía el coche se volvió, y le dijo algo a Wu Pei. Éste asintió, en silencio. Tan sólo un minuto más tarde, Chester, que iba sentado en el asiento de atrás, junto a Wu Pei, veía el helicóptero de Marlene, escondido entre unos árboles. Era imposible que pudiesen verlo desde arriba, y muy poco probable que nadie se acercase por allí. A la izquierda había una casa enorme, derruida en su mayor parte. Tiempo atrás había tenido una enorme y hermosa galería, que ahora estaba en ruinas, y llena, invadida de flores que crecían por todas partes.

Comenzaba a anochecer.

El coche se detuvo a unos veinte metros de la casa, que estaba al otro lado de un puentecillo de madera, bajo el cual discurría un arroyo. Cuando el motor se detuvo, Chester oyó perfectamente el rumor del agua corriente. Miró hacia la casa, pero no vio a nadie.

—Haz la señal con el claxon —dijo Wu Pei al conductor—, quizá ellos no nos ven bien y desconfían. Y nosotros no vamos a salir del coche hasta que sepamos que son ellos quienes nos están esperando.

Ling asintió con un gesto, y apretó el claxon con una señal convenida. Detrás de él, el espía postizo americano estaba sudando de angustia. Sabía que había llegado el momento: si no hacía nada ahora, ya no podría hacer nada nunca, porque estaría bajo la vigilancia de cuatro hombres, no de dos. Ahora, sabía dónde estaba Lambert, y sólo tenía contra él a dos enemigos. Enemigos que formaban parte de un grupo de por lo menos cuatro que, sin duda alguna, lo asesinarían en cuanto él hubiese sacado incólume la caja

negra del interior del
Edo-3

Y morir por morir...

Karr cerró su puño derecho, y tras aspirar hondo, sabiendo que aquello podía ser su despedida de la vida, la disparó con toda su fuerza hacia la nuca de Ling, un poco hacia la oreja derecha. Su acción fue tan veloz que cuando Ling salía disparado de cara contra el parabrisas, Karr ya estaba vuelto hacia Wu Pei, y le golpeaba con el puño izquierdo.

Justo en el momento en que Ling rebotaba en el cristal parabrisas, Wu Pei recibía el impacto del puño izquierdo de Chester Karr en la punta de la barbilla; se oyó un crujido, la mandíbula se rompió, el golpe repercutió en la base del cráneo de Wu Pei, rompiéndola también, y el chino quedó muerto instantáneamente, sin haber tenido ni siquiera tiempo de enterarse de lo que sucedía. Quedó arrinconado en el asiento de atrás, con la cabeza torcida hacia un lado, los ojos abiertos en una expresión de sorpresa, de sobresalto. Mientras tanto, Karr se ocupaba de nuevo de Ling, al que volvió a golpear en la nuca.

Pero ya no valía la pena molestarse: Ling había perdido el conocimiento, y todo lo que consiguió Chester fue abatirlo de modo que se deslizó del asiento, entre éste y el volante.

Todo había sido tan rápido que el americano se quedó en una actitud de cómica agresividad, apretados los dos puños, mirando velozmente de uno a otro chino. La verdad tardó todavía un par de segundos en concretarse en su mente:

«Santo cielo... ¡me he cargado a dos chinos! ¿Y ahora?».

Miró hacia la enorme casa derruida. De allí saldrían pronto dos hombres. Pero quizá hubiese más. Si sólo eran dos, tenía posibilidad de conseguir el plan que, para pasmo de él mismo, estaba forjándose en su mente a toda velocidad, y con la misma naturalidad que si siempre se hubiese dedicado a tales asuntos: tenía que salir del coche, y acercarse a la casa de modo que si los dos chinos salían a su encuentro, pudiese sorprenderlos con facilidad; si no los sorprendía, y uno de ellos se quedaba dentro o conseguía escapar hacia la casa de nuevo, él tenía que estar lo bastante cerca para correr tras él y alcanzarlo antes de que el chino

matase a Lambert... si es que, realmente, éste continuaba con vida.

Pensado y hecho.

Karr retiró la pistola del bolsillo interior de la chaqueta de Wu Pei, y la introdujo por la manga izquierda de su chaqueta, de modo que la culata quedase tocando el dorso de la mano. Luego, salió del coche, alzó los brazos y caminó hacia el puentecillo.

En ese momento, dos chinos salían por la derruida puerta de la casa. Al ver a Chester tuvieron un movimiento de sobresalto, pero enseguida captaron su postura de brazos en alto, y se tranquilizaron. Los dos miraron hacia el coche, y comenzaron a caminar hacia allí...

En el momento en que Chester Karr cruzaba el puentecillo de madera sobre el arroyo, los dos chinos se detenían, y uno de ellos metía la mano derecha en el bolsillo del pantalón, y decía:

—Quédese quieto ahí —su inglés era perfecto—. ¿Por qué no salen del coche Pei y Ling?

Una gota de sudor resbaló por la sien de Chester y se le introdujo en el ojo derecho; al mismo tiempo, el americano hacía un gesto de no saber nada, e iniciaba el giro de cabeza para mirar hacia el coche... Al mismo tiempo, por encima de su cabeza, la mano derecha se cerraba en la culata de la pistola que sobresalía por la bocamanga izquierda.

En el momento en que sacaba la pistola y bajaba la mano derecha, uno de los chinos reanudaba la marcha hacia el puentecillo. El otro dio un grito, acabó de sacar la pistola del bolsillo del pantalón...

«Plop», chascó la silenciosa pistola que había sido de Wu Pei.

El chino, que ya tenía la pistola en la mano, emitió un breve grito, y saltó hacia atrás, con una bala en la frente, muerto en el acto. El otro gritó, se movió adoptando una postura que le facilitase el acceso a su arma, pero el siguiente disparo de Karr se produjo entonces. La bala se hundió en el pecho del chino, que bizqueó de un modo sorprendente, cayó de rodillas, lanzó un alarido tremolante, y cayó de bruces.

Luego, solamente se oyó el rumor del arroyuelo. Pero Chester Karr, que había saltado hacia la fachada de la casa y que estaba pegado de espaldas a la pared, oía el retumbar de su corazón, con una fuerza espantosa. Le pareció que su corazón había aumentado

cien veces de tamaño, y que latía con una fuerza tremenda, que lo iba a reventar de un momento a otro. Le latía todo: la cabeza, el pecho, las orejas, el estómago, las piernas... Era terrible. El sudor se deslizaba ahora por su frente, mejillas y garganta. Lo notaba en largos chorros por el pecho.

Casi transcurrió un minuto antes de que Karr se moviese.

Dos minutos más tarde, sabía que no había nadie más en aquella casa enorme y derruida. Nadie... excepto Martin Lambert. Si es que aquello era Martin Lambert. Poco menos que paralizado por el frío, se acercó a «aquello» que pendía de un grueso palo que sobresalía de la pared, por medio de las muñecas, apretadas por cuerdas.

Le alzó la cabeza, con cuidado, a aquel ser cubierto de costras de sangre y hematomas, de ropas desgarradas, de cuerpo tan inerte como el de un muerto... Por entre la espesa barba, vio los labios que parecían de barro seco y agrietado, y los ojos, como dos puntitos de luz mortecina, inexpresiva.

—¿Lambert? —Casi gimió el hombre de la NASA—. ¿Es usted, Lambert?

—¿Quién... quién... es usted...? —alentó, apenas, el prisionero.

—Karr, de la NASA. Voy a sacarlo de aquí.

Martin Lambert pareció reanimarse, de pronto. En tres minutos, salían de la casa, ayudando Karr al agente de la CIA, que apenas se sostenía sobre las piernas.

Era ya prácticamente de noche cuando llegaron junto al coche, Lambert tosiendo... Una tos que había comenzado siendo risa; risa provocada por la visión de los dos chinos muertos. Al ver a Wu Pei, como sentado, sus ojos relucieron aún más.

—Le... le voy... a... le voy a...

—Está muerto también, Lambert. ¿Podrá aguantar en este estado un poco más? Quisiera ir con las herramientas a retirar la caja negra del satélite y nos la llevaremos a Istanbul. Volveremos con el coche, porque tengo que llegar cuanto antes al centro de Istanbul... ¿Podrá aguantar?

Martin Lambert asintió con la cabeza. Karr le ayudó a sentarse en el asiento al volante, y luego regresó corriendo a la casa. Recogió las herramientas que había visto allí, y volvió al coche. Tiró las herramientas al asiento de atrás y aprovechó para sacar del coche a Wu Pei, al cual dejó tirado en el suelo. Pasó al otro lado del coche,

y agarró a Ling por la ropa del cuello, para sacarlo... Al tirar de él, a la última luz del día, vio la sangre que empapaba su rostro, y el ojo derecho reventado...

Tras un respingo, miró a Lambert, que había emitido una risita. El espía americano tenía en la diestra una pistola con silenciador, y Chester Karr comprendió al instante que era la de Ling... Karr se estremeció, pero no dijo nada. Acabó de sacar del coche el cadáver de Ling, se puso ante el volante, y se dirigió hacia donde había visto el helicóptero. Naturalmente, allá tenía que estar el

Edo-3

, y dentro de éste, aquella maldita caja negra.

Miró de reojo a Lambert y lo vio mirando hacia delante como hipnotizado. Comprendió que, de un momento a otro, se iba a desmayar, pero no tenía tiempo de atenderlo. Tenía aún que recoger la caja negra, y regresar a Istanbul.

CAPÍTULO IX

El chino estaba fumando, sosteniendo el cigarrillo con la mano izquierda. Con la derecha sostenía la pistola, pero cada vez más desganadamente. El aburrimiento era total. Estaba deseando que Pei lo llamase por la pequeña radio para decirle que todo había terminado y que eliminase a aquellas tres personas y fuese a reunirse con él. O que el mismo Wu Pei llegase para decirle que todo había terminado, y que podían matar ya a los prisioneros...

La lancha se había movido un poco segundos antes, pero no había hecho caso. Se movió por segunda vez, y entonces el chino frunció el ceño... Pero fue tan poca cosa que enseguida se relajó.

Delante de él, sentado en la litera inferior junto al turco de los grandes bigotes, estaba el más joven. El de los bigotes parecía dormir, pero el joven le miraba fijamente. En la litera de arriba, la hermosa mujer de rojos cabellos tenía los ojos abiertos, fijos en el techo. Hasta allí llegaba el rumor del puente, y la abundante navegación del Cuerno de Oro. Los transbordadores iban y venían de una a otra orilla, pasaban pequeños pesqueros, grandes barcos que se dirigían hacia el Mar Negro... Con frecuencia, pequeñas lanchas, cuyo zumbido de motores gemelos era muy fuerte.

De nuevo se movió un poquito la lancha.

El chino miró hacia la doble puerta, y se irguió. Su ceño se frunció otra vez. Sus negros ojos se desplazaron desde la doble puerta hacia Omar, que seguía mirándolo.

«Debe ser por el oleaje que provocan los barcos grandes al pasar», pensó el chino.

Comenzaba a molestarle mucho la fija mirada de Omar. Lo miró, y el joven turco comprendió en el acto que estaba poniendo nervioso al chino, así que bajó rápidamente los ojos, y se quedó

mirándose los pies.

Por tanto, se perdió parte de la espectacular aparición del solitario comando.

La doble puerta del camarín saltó, de pronto, hacia dentro con tremenda fuerza, y con tal crujido que tanto Kemal como Marlene se incorporaron en sus respectivas literas, sobresaltadísimos... Los dos vieron a Chester Karr en el momento en que disparaba... Estaba todavía tambaleándose, después de entrar de un salto tras hundir la doble puerta de un puntapié, pero su puntería fue excelente: la bala alcanzó al chino en la garganta, impidiéndole incluso emitir un grito de agonía, de protesta ante la muerte. Fue impulsado hacia la proa del camarín, que se estrechaba, y quedó encajado allí, sentado, con la cabeza caída sobre el pecho, una pierna encogida y otra extendida.

Chester Karr lanzó un fortísimo suspiro, cerró los ojos y dejó caer el brazo, como si hubiese quedado agotado. Estaba solo en *slip*, y su cuerpo chorreaba agua en abundancia. Kemal, Omar y Marlene le miraban todavía sobresaltados, con los ojos muy abiertos, comprendiéndolo todo rápidamente. Karr había llegado a nado junto a la lancha, había subido a bordo procurando moverla lo menos posible, y había entrado como una tromba para sorprender al chino. Era el único modo de hacerlo, pues todos sabían que si el chino se hubiese visto en peligro, lo primero que habría hecho habría sido asesinar a los tres prisioneros...

Pareció que fuesen a quedarse así para la eternidad, hasta que Chester volvió a suspirar, tiró la pistola sobre la litera de Kemal y salió del camarín. Regresó antes de cinco minutos con una bolsa de plástico dentro de la cual había una radio de bolsillo. La sacó, accionó el botón y musitó:

—Soy Karr: lo he conseguido.

—Vamos para allá, Karr.

Chester asintió, como si pudiesen verlo, y cerró la radio, mirando de uno a otro a sus compañeros de fatigas.

—Encontré a Lambert —musitó—. También tenemos la caja negra. Cuando llegamos a Istanbul, Lambert me dijo que llamase a cierto número de teléfono, y así pude ponerme en contacto con sus hombres. Resulta que cuando un jefe de grupo desaparece, los demás espías se esconden, pues saben que si a su jefe lo torturan, le

harán decir dónde están los demás, y si el asunto es muy serio, los eliminarán. Así que los hombres de Lambert se habían escondido, en un sitio que sólo cada uno de ellos conoce. En el número al que llamé, había un colaborador que, cuando oyó a Lambert, todo lo que hizo fue lanzar una bengala. Esa bengala significaba que todo iba bien, así que los hombres de Lambert volvieron a sus domicilios habituales, y Lambert llamó a uno de ellos, que los fue reuniendo a todos. Lambert está en una clínica ahora, la caja negra está a punto de ser enviada a Estados Unidos en un avión especial... y yo estoy aquí.

—Sorprendente —sonrió Kemal.

—¿Están bien? —Miró Karr a Marlene.

Ella le sonrió crispadamente, y no contestó. Omar se sentó en el taburete que había estado ocupando el chino, y se pasó las manos por la cara... En la cubierta se oyeron fuertes pisadas, la lancha se movió. Tres hombres entraron en el camarín. Ya no cabía nadie más, prácticamente. Tres americanos, tres auténticos agentes de la CIA, que miraron con expectación a Karr.

—¿Está bien? —preguntó uno de ellos.

—Sí... Lo pude hacer.

—Insisto en que es usted un tipo de suerte, Karr. Debió dejarnos esto a uno de nosotros.

—No... Tenía que hacerlo yo. Pero gracias.

—Todo está bien, cuando termina bien. Creo que lo mejor que podría hacer es ocuparse personalmente de su pasaje para volver a Estados Unidos. Nosotros atenderemos todo lo demás aquí, incluida la explicación a los rusos. Tenga, vístase.

Chester tomó el paquete con sus ropas que le habían llevado a la lancha.

—¿Qué les dirán a los rusos?

—La verdad en todo, excepto en lo referente a la caja negra. No queremos que piensen que nosotros hemos asesinado a sus hombres: todo eso se lo cargarán los chinos.

—¿Y la caja negra?

—La caja negra es nuestra... y si ellos no hubiesen querido robárnosla, nada de esto habría sucedido. Así que todo aquel que haya sufrido perjuicios, que se aguante.

Chester Karr no contestó. Terminó de vestirse y se quedó

mirando a Marlene, después de estrechar en silencio la mano a Kemal y a Omar.

—¡Adiós, Marlene!

Marlene Kopff tragó saliva; su voz sonó con naturalidad cuando contestó:

—¡Adiós, Chester!

Pero cuando Chester Albert Karr abandonó la lancha, Marlene Kopff notaba el enorme nudo de angustia en la garganta. Y cuando cerró los ojos, abundantes lágrimas se desprendieron entre los párpados, enormes y brillantes, como cristales de gran pureza convertidos en líquido.

* * *

Bebió otro sorbo de *whisky*. Y en aquel momento la vio entrar en la discoteca... La muchacha cruzó la sala, esquivando parejas que se agitaban al compás de la estridente música, y se plantó ante él.

—Supongo que puedo sentarme junto a usted —sonrió.

—Déjese de tonterías —gruñó Chester Karr—. ¿Lo ha conseguido? Hace un mes que estamos con ese asunto, de modo que si por fin me ha citado aquí es porque lo ha conseguido... ¿O no?

—Podría ser que me hubiese enamorado de usted y que sólo quisiera verlo, señor Karr —sonrió Peggy Marlowe.

—No tengo ganas de bromas, se lo advierto.

—Bien... Bueno, no sé si está enterado de cómo terminó el asunto del

Edo-3

. Quiero decir, que no sé si usted sabe si valió o no valió la pena todo aquello, para conseguir la caja negra.

—Yo creo que no valió la pena —dijo secamente Chester.

—Son puntos de vista. El suyo es ése. De acuerdo. Ahora le diré que el de la CIA es muy diferente: todo valió la pena, señor Karr. Así lo piensan también en la Casa Blanca y en el Pentágono... Pero, claro, usted no sabe nada de esto, porque ignora qué clase de información nos facilitó el

Edo-3

—No me interesa. ¿Me ha conseguido lo que le pedí, o no?

—La información del

Edo-3

—susurró Peggy Marlowe— fue magnífica. Supongo que usted está enterado de que a estas alturas los chinos y los rusos han tenido enfrentamientos en la frontera siberiana. Pues bien: nosotros sabíamos esto, es decir, sabíamos que esto iba a suceder, y todo gracias al

Edo-3

. Lo supimos con cinco días de anticipación, y así pudimos orientar todo nuestro espionaje espacial hacia Siberia...

—¿Y qué ganamos con ello?

—Bueno... El Pentágono tiene películas del modo en que las tropas rusas y las chinas se han desplazado hacia la frontera siberiana; sabe cuántos hombres han sido puestos sobre las armas; sabe cómo atacan y cómo preparan su retirada, qué clase de material utilizan, y toda una serie de detalles tácticos. Y lo mismo de los chinos... ¿Lo entiende, señor Karr?

—Claro. Es lo mismo que si yo estuviese enterado de que un enemigo en potencia mío es zurdo, o camina de lado, o no ve bien con el ojo derecho, o su estómago es más vulnerable que su cara.

—Exactamente.

—Pues muy bien, me alegro mucho de haber sido útil a los estrategas del Pentágono. Y ahora, señorita Marlowe: ¿tiene lo que le pedí?

—Sí.

—¿Lo tiene? —Casi gritó Chester Karr.

—Bueno, no lo tengo yo exactamente. Nos pareció que no era conveniente que usted estuviese viajando con un pasaporte que no era el suyo, así que ordenamos que fuese confeccionado en Europa.

—¡En Europa!

—Así es, señor Karr —Peggy Marlowe sonrió encantadoramente—. Todo se repite en la vida: le están esperando a usted en el aeropuerto de Yesikoy.

ESTE ES EL FINAL

—¡Mi querido señor Karr! —exclamó Kemal—. ¡Sea usted bienvenido a Turquía!

Chester Karr sonrió y aceptó el abrazo del turco bigotudo.

—Gracias, Kemal. ¿Qué tal está?

—¡Oh, muy bien...! Han pasado cinco semanas, y yo soy un pellejo muy duro, de modo que los agujeros ya ni se notan. Todo va bien por Istanbul, todo... A propósito: recuerdo que me ofrecí para invitarlo a usted a un serrallo particular. ¿Le gustaría ir allá o no?

—No siento el menor interés por ningún serrallo, Kemal. Lo único que quiero es que me entregue el pasaporte que la CIA ha regalado a Marlene, y que me lleve junto a ella.

—¿Qué le parece? —Movi6 la cabeza Kemal—. ¡La señorita Marlene va a ser ahora ciudadana americana...! ¡En fin, hay cosas peores, supongo! Y con su nuevo nombre es poco probable que la MVD la encuentre, en el supuesto de que estén molestos con ella. Y a propósito de molesto, señor Karr: estoy muy disgustado con Omar.

—¿Por qué? —mascul6 Chester, que sólo sentía interés por llegar al coche, para que Kemal le llevase junto a Marlene.

—El muy cretino se ha liado con una muchacha.

—¿Se ha casado?

—¡Hombre, no! Todo tiene un límite. Le dije a Omar que iba a venir a esperarlo, y le pregunté si quería venir. Me contestó que mañana nos reuniremos todos para comer y bailar, pero que hoy estaba ocupado... ¿De verdad no quiere que le lleve a un serrallo privado, señor Karr?

—No, no quiero.

—Le gustaría mucho. Lo malo que tiene ese serrallo es que ahora está cerrado, así que si uno quiere pasarlo bien allí, se tiene que llevar su propia mujer. O sus propias mujeres, claro. Tengo las llaves de ese palacete y sé que hay comida, bebida, bellos jardines, piscina, perfumes...

—¡Que no quiero ir a ningún serrallo!

—Usted se lo pierde. Ahí está el coche.

Llegaron junto al coche. Kemal abrió la puerta derecha de atrás, y Chester, distraído se metió dentro... quedando sentado junto a Marlene Kopff, que le miraba con los ojos muy abiertos.

—Marlene...

La bella pelirroja intentó sonreír, pero sólo consiguió una extraña mueca. Chester Albert Karr puso sus manos en las mejillas de la muchacha y la atrajo, lentamente. Los labios de ella temblaron... Pero sólo un instante, porque Karr la besó, casi rudamente, mientras ella se abrazaba a su cintura. Kemal se inclinó a mirarlos, y sonrió... Un minuto después estaba cansado de mirarlos y sonreírles, así que pasó al volante y puso el coche en marcha. Por supuesto que no quería decírselo al señor Karr, ya que era una sorpresa, pero si él insistía en no ir al serrallo, les iba a fastidiar las buenas intenciones a él y a Omar.

Porque Omar no estaba con ninguna chica, sino acabando de prepararlo todo en un auténtico serrallo que Kemal había conseguido en exclusiva para su amigo americano. ¡Y ahora el señor Karr decía que...!

Kemal miró por el retrovisor. ¡Qué bárbaros, aún se estaban besando...!

«Al serrallo de cabeza —decidió Kemal—. Estoy seguro de que querrán celebrar cumplidamente su encuentro. ¡Con lo que me ha costado conseguir ese serrallo!».

Y mientras Kemal, con gran acierto, decidía llevar a la pareja al serrallo, Chester y Marlene seguían celebrando con un primer y larguísimo beso, su encuentro en Istanbul.

FIN

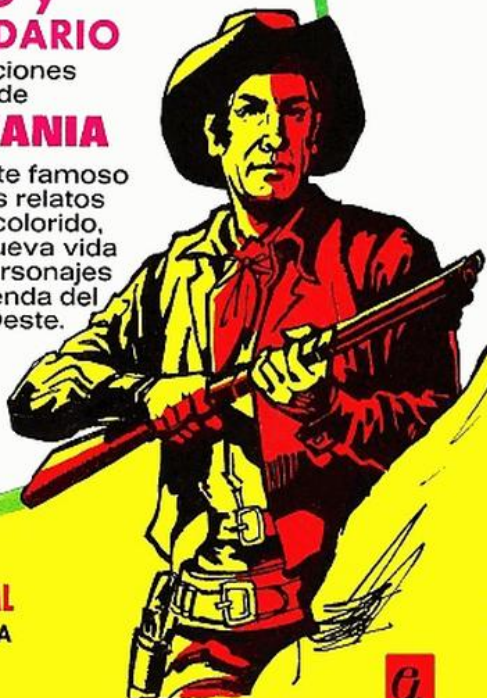
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...

Notas

[1] Martin Lambert en el original. (NE). < <